

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum

Non praevalent

Año LX, número 20 (2.818)

Ciudad del Vaticano

19 de mayo de 2023

Recemos para que vuelva la paz a Ucrania



Una oración “por la amada Ucrania” porque “allí hay mucho sufrimiento”; una invocación al Señor en particular “por los heridos, por los niños, por los que han muerto” y para que “vuelva la paz”. Francisco volvió a pedirlo en la audiencia general del miércoles 17 de mayo, dirigiéndose a los fieles presentes en la plaza de San Pedro y a los que le siguen a través de los medios de comunicación.

Audiencia general de los miércoles en página 12

Entrevista a Monseñor Kikuchi, nuevo presidente de Caritas Internationalis

Ayudar a las personas olvidadas a encontrar esperanza

El Arzobispo Tarcisius Isao Kikuchi, recién elegido Presidente de Caritas Internationalis, concede su primera entrevista postelectoral a Vatican Media, y describe el trabajo de innumerables voluntarios y personal de Caritas para ofrecer tanto ayuda humanitaria como la cercanía de la Iglesia católica a las personas olvidadas.

DEVIN WATKINS

“Esta es la verdadera misión de Caritas: ayudar a la gente a saber que no está olvidada”. El nuevo Presidente de Caritas Internationalis ofreció esa descripción de la Confederación caritativa de la Iglesia, poco después de que los 400 delegados de la 22ª Asamblea General de Caritas lo eligieran para un mandato de cuatro años.

En una entrevista con Vatican News, Monseñor Tarcisio Isao Kikuchi, Arzobispo de Tokio, Japón, compartió sus esperanzas para su nueva misión, así como un mensaje para los innumerables voluntarios que manifiestan el amor de Dios en actos concretos de servicio.

Excelencia, en su nuevo cargo de Presidente de Caritas, ¿qué objetivos tiene para esta misión?

Caritas Internationalis, o la propia organización Caritas, es la segunda mayor agencia de ayuda humanitaria del mundo, después de la Cruz Roja Internacional. Así que es bien conocida como una ONG profesional que ofrece ayuda a personas en situaciones difíciles. Pero en realidad, no es sólo que seamos una ONG, sino que somos mucho más que eso.

Somos una organización de la Iglesia católica, y el instituto al servicio de la Iglesia. Eso significa que Caritas debe ser testigo del amor de Dios. Lo que hacemos no es sólo proporcionar alimentos o materiales o cualquier tipo de asistencia, sino que queremos ser testigos del amor de Dios para mostrar a la gente que así es como Dios ama a todas las personas.

Uno de sus temas centrales durante esta Asamblea General ha sido la gente olvidada, la gente a la que otras organizaciones no llegan. ¿Cómo llega Caritas a estas personas?

Me basaría en mi propia experiencia como voluntario

SIGUE EN LA PÁGINA 2

Los obispos del Celam eligen a su nuevo presidente

La 39ª Asamblea General Ordinaria del Consejo Episcopal Latinoamericano y Caribeño (CELAM), que se ha celebrado en Puerto Rico del 16 al 19 de mayo de 2023 ha elegido a su nuevo presidente y a los dos vicepresidentes, respectivamente Mons. Jaime Spengler, Mons. José Luis Azuaje y Mons. José Domingo Ulloa, para el cuatrienio 2023-2027. El nuevo presidente del CELAM es Mons. Jaime Spengler, arzobispo de Porto Alegre y recientemente elegido presidente de la Conferencia Nacional de los Obispos de Brasil (CNBB). El nuevo presidente “asume el nombramiento de la Asamblea del CELAM con espíritu de obediencia, pero también guiado por la fe” informa la página web oficial del CELAM. Mons. Jaime Spengler además insiste en que “es un consejo de obispos, y como consejo tiene la misión de promover el camino evangelizador de la Iglesia en

América Latina y el Caribe” y espera que “ojalá juntos, en comunión con nuestros hermanos y hermanas, en espíritu de fe, atentos a lo que es hoy la orientación del Magisterio, pero también junto a los signos de los tiempos, a los desafíos que la cultura de hoy nos impone, podamos corresponder a lo que la asamblea nos pide como presidencia del CELAM”, llamando a todos a “caminar a la altura de los tiempos actuales”. También, para la primera vicepresidencia los obispos han elegido al venezolano Mons. José Luis Azuaje Ayala y la segunda vicepresidencia será ocupada por el panameño Mons. José Domingo Ulloa Mendieta, OSA. Tras la elección del presidente y los dos vicepresidentes, han llevado a cabo luego la elección del presidente de Asuntos Económicos y del secretario general para el cuatrienio 2023-2027. El nuevo presidente del Consejo de Asuntos

Económicos es Mons. Santiago Rodríguez Rodríguez, originario de República Dominicana; mientras que la secretaria general del CELAM será asumida por el peruano Mons. Lizardo Estrada Herrera, OSA. Con estas elecciones se completa la Presidencia del CELAM para el cuatrienio 2023-2027. El jueves, 18 de mayo se eligió a los obispos coordinadores de los consejos de los cuatro centros en que se divide la actual estructura del CELAM: Centro Bíblico Teológico Pastoral para América Latina y El Caribe (Mons. Jorge Carlos Patrón Wong, de México); Consejo del Centro de Gestión del Conocimiento (Mons. Ricardo Morales, de Chile); Consejo del Centro para la Comunicación (Mons. Daniel Francisco Blanco Méndez, de Costa Rica); Consejo del Centro de Redes y Acción Pastoral (Mons. Rubén Antonio González Medina, de Puerto Rico).

Con las armas se destruye toda esperanza de paz

En el Regina Caeli el Pontífice espera que la tregua en Oriente Medio se establezca

Una "tregua estable" entre israelíes y palestinos, porque por el contrario "con las armas seguirán destruyendo incluso cualquier esperanza de paz": éste fue el deseo del Papa al final del Regina Caeli del 14 de mayo. Asomado a la ventana de su estudio privado en el Palacio Apostólico Vaticano a mediodía, antes de recitar la oración mariana con los veinticinco mil fieles presentes en la Plaza de San Pedro y con los que le siguieron a través de los medios de comunicación, el Pontífice había comentado el Evangelio del VI Domingo de Pascua.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de hoy, sexto domingo de Pascua, nos habla del Espíritu Santo, que Jesús llama Paráclito (cf. Jn 14,15-17). Paráclito es una palabra que proviene del griego, y que significa al mismo tiempo el que consuela y abogado. El Espíritu Santo nunca nos deja solos, está junto a nosotros, como un abogado que asiste al imputado estando a su lado. Y nos sugiere cómo defendernos de quien nos acusa. Recordemos que el gran acusador es siempre el diablo, que pone dentro de uno el deseo del pecado, los pecados, la maldad. Reflexionemos sobre estos dos aspectos: su cercanía y su ayuda contra quien nos acusa. Su cercanía: el Espíritu Santo, dice Jesús, "permanece con vosotros y estará en vosotros" (cf. v. 17). No nos abandona nunca. El Espíritu Santo quiere quedarse con nosotros: no es un huésped de paso que viene a hacernos una visita de cortesía. Es un compañero de vida, una presencia estable, es Espíritu y desea morar en nuestro espíritu. Es paciente y está con nosotros también cuando caemos. Se queda porque nos ama de verdad, no finge querernos para

luego dejarnos solos en medio de las dificultades. No, es leal, es transparente, es auténtico.

Es más, sin nos encontramos en una situación de prueba, el Espíritu Santo nos consuela, trayéndonos el perdón y la fuerza de Dios. Y cuando nos pone ante nuestros errores y nos corrige, lo hace con suavidad: en su voz, que habla al corazón, están siempre presentes el timbre de la ternura y el calor del amor. Cier-

nos sugiere cómo responder. ¿De qué modo? El Paráclito, dice Jesús, es Aquel que nos enseña y nos recuerda todo lo que Jesús nos ha dicho (cf. Jn 14,26). Él nos recuerda las palabras del Evangelio, y nos permite así responder al diablo acusador no con palabras nuestras, sino con las palabras mismas del Señor. Sobre todo, nos recuerda que Jesús hablaba siempre del Padre que está en los cielos, que nos lo

Hermanos y hermanas, preguntémosnos hoy:

¿Invocamos al Espíritu Santo, le rezamos con frecuencia? ¿No nos olvidemos de Él, que está junto a nosotros, es más, en nuestro interior!

to, el Espíritu Paráclito es exigente, porque es un verdadero amigo, fiel, que no esconde nada, que nos sugiere qué cambiar y cómo crecer. Pero cuando nos corrige jamás nos humilla y nunca infunde desánimo; por el contrario, nos transmite la certeza de que con Dios podemos lograrlo, siempre. Esta es su cercanía. ¡Es una hermosa certeza! Segundo aspecto, el Espíritu Paráclito es nuestro abogado, nos defiende. Nos defiende de quien nos acusa: de nosotros mismos cuando no nos queremos y no nos perdonamos, llegando quizá incluso a decirnos que somos unos fracasados buenos para nada; del mundo, que descarta a quien no responde a sus esquemas y sus modelos; del diablo, que es el "acusador" por excelencia (cf. Ap 12,10) y el que divide, y que hace todo lo posible para que nos sintamos incapaces e infelices.

Ante todos estos pensamientos acusatorios, el Espíritu Santo

ha dado a conocer y nos ha revelado su amor por nosotros, que somos sus hijos. Si invocamos al Espíritu, aprenderemos a acoger y recordar la realidad más importante de la vida. ¿Y cuál es esta realidad más importante de la vida? Que somos hijos amados de Dios. Somos hijos amados de Dios: esta es la realidad más importante, y el Espíritu Santo nos la recuerda.

Hermanos y hermanas, preguntémosnos hoy: ¿Invocamos al Espíritu Santo, le rezamos con frecuencia? ¿No nos olvidemos de Él, que está junto a nosotros, es más, en nuestro interior! Y asimismo, ¿prestamos atención a su voz, tanto cuando nos anima como cuando nos corrige? ¿Respondemos con las palabras de Jesús a las acusaciones del mal, a los "tribunales" de la vida? ¿Nos acordamos de que somos hijos amados de Dios? Que María nos haga dóciles a la voz del Espíritu Santo y sensibles a su presencia.



Al final del Regina Caeli, tras el llamamiento por la paz en Tierra Santa, el Pontífice saludó a varios grupos de fieles -entre ellos a los responsables africanos de la Comunidad de Sant'Egidio, a los miembros de Caritas Internationalis, que ha elegido nuevo presidente, y a los corredores del relevo solidario por la Investigación contra el Cáncer- y pidió un aplauso para todas las madres en el día de su fiesta.

Queridos hermanos y hermanas: durante estos días, hemos asistido de nuevo a enfrentamientos armados entre israelíes y palestinos, en los que han perdido la vida personas inocentes, incluidos mujeres y niños. Espero que la tregua recién alcanzada se establezca, que callen las armas, porque con las armas nunca se

obtienen seguridad y estabilidad; por el contrario, se destruye cualquier esperanza de paz.

Os saludo de corazón a todos vosotros, romanos y peregrinos venidos de Italia y de muchos países, en especial a los fieles procedentes de Canadá, Singapur, Malasia y España.

Saludo a los responsables de la Comunidad de San Egidio en 25 países africanos; y, asimismo, a las autoridades y a los docentes de la Universidad de Radom, en Polonia. Saludo la Caritas Internationalis, que se ha reunido para elegir a su nuevo presidente. ¡Adelante, con valor, por la vía de la reforma!

Saludo a los fieles de Scandicci y a los de Torrita di Siena; a los chicos del Decanato de Appiano Gentile, a los Scouts Agesci de Alghero y a los jóvenes de Senigallia; a los alumnos del Instituto "Juan XXIII" de Cammarata; y a los participantes en la carrera de relevos solidaria en favor de la Fundación para la Investigación del Cáncer.

Hoy, en muchos países se celebra la Fiesta de la Mamá; recordemos con gratitud y afecto a todas las mamás, a las que aún están entre nosotros y a aquellas que se han ido al Cielo. Encomendémoslas a María, la mamá de Jesús. ¡Y un fuerte aplauso! Nos dirigimos a ella pidiéndole que alivie los sufrimientos de la martirizada Ucrania y de todas las naciones heridas por la guerra y la violencia.

Os deseo a todos un feliz domingo.

Y saludo a los chicos y chicas de la Inmaculada, que son buenos.

Por favor, no os olvidéis de rezar por mí.

¡Buen almuerzo y hasta la vista!

Ayudar a las personas olvidadas a encontrar esperanza

VIENE DE LA PÁGINA 1

de Caritas. En 1995, yo era voluntario de Caritas Japón, y me enviaron al campo de refugiados de Ruanda, en Bukavu, Zaire [ahora República Democrática del Congo, ed.]. Allí conocí a varios refugiados.

Por supuesto, faltaba de todo. No tenían comida, ni ropa, ni cobijo, y la gente necesitaba de todo. La segunda vez que fui al campamento, me reuní con algunos de los líderes y les pregunté qué necesitaban. Y yo esperaba que el líder me dijera que "necesitamos comida, necesitamos educación, necesitamos medicamentos, necesitamos refugio", o algo así. En otras palabras, una larga lista de sus necesidades. Pero en lugar de eso, me dijo: "Padre, usted viene de Japón. Cuando vuelvas a Japón, díles que seguimos aquí, que nos han olvidado a todos". Y eso me impactó mucho.

Después de aquella experiencia, conocí a mucha gente en diferentes zonas, en diferentes países azotados por

catástrofes, o gente en zonas devastadas por la guerra o en conflicto. Escuché la misma historia y el mismo grito una y otra vez: "Nos han olvidado, nos han olvidado".

Esta es la verdadera misión de Caritas: ayudar a la gente a saber que no está olvidada. Queremos estar con ellos. Por supuesto, proporcionamos asistencia profesional, pero al mismo tiempo queremos decirles que siempre estamos con ellos. Siempre estamos trabajando con ellos; siempre nos acordamos de ellos. Nadie será excluido; nadie será olvidado.

Usted también fue sacerdote misionero, además de voluntario. ¿Cómo influyó eso en su misión?

Pertenezco a los Misioneros del Verbo Divino, los Verbitas. Tras mi ordenación en 1986, me enviaron a Ghana, en África Occidental. Allí me enviaron a una parroquia "en la selva", en lo profundo de la selva, sin electricidad, sin agua. Allí estuve siete años como párroco. En total, estuve ocho años en Ghana. Fue una experiencia muy im-

portante para mí, que me ayudó a crear mi identidad.

Especialmente en aquella época, en 1986, la economía no era muy buena en África Occidental, y la gente estaba realmente sumida en la pobreza. Mucha gente moría sin la medicación adecuada, y el VIH-sida se estaba extendiendo. Había todo tipo de problemas. Pero la gente parecía muy feliz. Todos los días parecían tan felices y lucían hermosas sonrisas. Así que pregunté a varias personas de mi parroquia: "¿Por qué son tan felices?" Y alguien me dijo bromeando: "Padre, ¡tenemos la magia ghanesa!". ¿Cuál era su magia? Su convicción de que alguien te ayudará: nadie será olvidado.

En ese tipo de entorno cultural, la gente se apoya mutuamente. Por eso no se ve a la gente morir en la carretera, porque nadie será olvidado. Esa convicción crea esperanza en la vida. Así que esa era la base de mi creencia de que, si no olvidamos a la gente, podemos conseguir crear esperanza para sobrevi-

vir.

No podemos traer esperanza de fuera. Podemos traer comida, materiales y todo lo demás de fuera y dárselo a la gente en dificultades. Pero no podemos traer esperanza y dársela a la gente en dificultades. La esperanza debe crearse en su corazón. No podemos ordenarles que creen esperanza. Pero podemos ser amigos y caminar juntos. Podemos estar con ellos, para que tengan la seguridad de que no se les olvida. A partir de ahí, pueden crear la esperanza de sobrevivir.

¿Qué mensaje tendría para los innumerables voluntarios y miembros del personal de las Caritas locales de todo el mundo, que tratan de llevar la solidaridad y la caridad de la Iglesia a los más necesitados?

Siempre decimos que Caritas es un testimonio del amor de Dios, y que Caritas no sólo incluye a los que están en los niveles más altos de la administración o a los altos cargos. Sino que, desde la base, todos los voluntarios,

son Caritas.

Tal vez debería compartir una historia que, en Japón, después del tsunami y el desastre del terremoto en 2011, Caritas Japón logró enviar voluntarios a todas las personas en las áreas locales, y establecieron bases de voluntarios. En esa zona, no hay cristianos en absoluto. Después de varios años, todas las demás ONG desaparecieron, en su mayoría. Pero Caritas permaneció en la zona afectada por la catástrofe y la gente empezó a llamar a estos voluntarios: "Sr. Caritas, Sra. Caritas". Estos son los verdaderos trabajadores de Caritas.

La gente te llamará "Sr. Caritas. Sra. Caritas", porque representan a Caritas, nuestros voluntarios de base. Representan a Caritas. Por eso, es muy importante que cada uno de estos voluntarios lleve las características de Caritas. Ellos son Caritas. Los que estamos en la administración, no somos sólo Caritas. Nosotros, junto con todos estos voluntarios, creamos Caritas.

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA

Unusquisque suum Non proculdubito

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.ort@spcva
www.osservatoreromano.va

ANDREA TORNIELLI

Director editorial

ANDREA MONDA

director

Silvina Pérez

jefe de la edición

Redacción
Piazza Pia, 3 - 00193 Roma
teléfono 39 06 698 45751

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico:
teléfono +39 06 698 45793/45794
fax +39 06 698 84998
e-mail: pubblicazioni.photo@spcva
www.photo@spcva

Suscripción digital anual: 40 euros

Agencia de publicidad:
Il Sole 24 Ore S.p.A.
System Comunicazione Pubblicitaria
Via Monte Rosa, 91, 20149 Milano
segreteria@redirezione.com

En México: Arquidiócesis primada de México.
Dirección de Comunicación Social.
San Juan de Dios, 222-C. Col.
Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370.
Del. Tlalpan. México, D.F.
teléfono + 52 55 2652 99 55
fax + 52 55 5318 75 32
e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx

En Perú: Editorial salesiana,
Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú
teléfono + 51 42 357 82
fax + 51 431 67 82
e-mail: editorial@salesianos.edu.pe

Entrega del Pontífice a la «Unión Mundial de Organizaciones Femeninas Católicas»

Compañeras de viaje de las mujeres que sufren injusticia, abandono, discriminación, pobreza

Ser «compañeras de viaje» de «tantas mujeres en el mundo que sufren injusticia, abandono, discriminación, pobreza». Esta es la misión encomendada por el Papa Francisco a las participantes en la asamblea general de la Unión Mundial de Organizaciones Femeninas Católicas (UMOFC), que se celebra en Asís del 14 al 20 de mayo. El Pontífice las recibió en audiencia la víspera del inicio de los trabajos, en la mañana del sábado 13, en el Aula Pablo VI, dirigiéndoles el discurso que publicamos a continuación.

Queridas hermanas:

Les doy la bienvenida a ustedes y a cuantas siguen la transmisión desde remoto, mujeres que forman parte de la Unión Mundial de Organizaciones Femeninas Católicas, venidas desde diversos lugares del mundo junto con sus familiares, para imbuirse del espíritu eclesial y poder volver con mayor entusiasmo a los lugares de procedencia. A todos, expreso mi más cordial saludo. Agradezco las intervenciones que me han precedido, presentando su trabajo y las iniciativas que tienen entre manos. Gracias.

Con su presencia aquí, quieren prepararse para participar en la Asamblea General que celebrarán en Asís la próxima semana. Todas podrán hacerlo acompañando con la oración a las delegadas, para que se dejen iluminar por el Espíritu y sea ocasión de renovar su empuje misionero, siguiendo los principios originarios que movió a las fundadoras de la Unión y, al mismo tiempo, mirar al futuro con ojos y corazón abiertos al mundo, para escuchar el lamento de tantas mujeres que sufren en el mundo la injusticia, el abandono, la discriminación, la pobreza, o un trato inhumano desde niñas en algunos procedimientos. El Observatorio mundial de las mujeres que han puesto en marcha les dará pistas para identificar las necesidades y poder así ser «samaritanas», compañeras de viaje, que lleven esperanza y serenidad a los corazones, ayudando, y haciendo que otros ayuden a aliviar tantas necesidades cor-

porales y espirituales de la humanidad.

Hoy hay una urgente necesidad de encontrar la paz en el mundo, una paz que, sobre todo, inicia en el interior del corazón, un corazón enfermo, lacerado por la división del odio y del rencor. Junto con la paz, la identidad antropológica de la mujer también está en peligro, pues se la usa como instrumento, como argumento de contiendas políticas y de ideologías culturales que ignoran la belleza con la que ha sido creada. Es preciso valorar más su capacidad de relación y de donación, y que los hombres comprendan mejor la riqueza de la reciprocidad que reciben hacia la mujer, para recuperar esos elementos antropológicos que caracterizan la identidad humana y con ella, la de la mujer y su rol en la familia y en la sociedad, que no deja de ser un corazón latente. Y si queremos saber qué es la humanidad sin la mujer, qué es el hombre sin la mujer, lo tenemos en la primera página de la Biblia: es soledad. El hombre sin la mujer está solo. La humanidad sin la mujer está sola. Una cultura sin la mujer está sola. Donde no está la mujer, hay soledad, soledad árida que genera tristeza, y to-

da clase de daño a la humanidad. Donde no está la mujer, hay soledad.

Hoy, en que se celebra la memoria de las apariciones de la Virgen María a los pastorcitos de Fátima —y hoy también estoy muy triste, porque en el País donde apareció la Virgen se promulga una ley para matar, un paso más en la larga lista de Países con eutanasia— hoy, entonces, pensando en la Virgen, miremos a María como modelo de mujer por excelencia, que vive en plenitud un don y una tarea: el don de la «maternidad» y la tarea de «cuidar» a sus hijos en la Iglesia. También ustedes como mujeres poseen ese don y esa tarea, en cada uno de los ámbitos donde están presentes, sabiendo que, sin ustedes, esos ámbitos están solos. No es bueno que el hombre esté solo, por eso la mujer. María les enseña a generar vida y a protegerla siempre, relacionándose con los demás desde la ternura y la compasión, y conjugando tres lenguajes: el de la mente, el del corazón y el de las manos, que tienen que ser coordinados. Lo que piensa la cabeza lo sienta el corazón y lo hagan las manos; lo que siente el corazón esté en armonía con lo que se piense en la



cabeza y hacen las manos; lo que hacen las manos tengan armonía con lo que se siente y lo que se piensa. Esto lo he dicho en otras ocasiones, creo que las mujeres tienen esa capacidad de pensar lo que sienten, de sentir lo que piensan y hacen, y de hacer lo que sienten y piensan. Las animo a seguir ofreciendo esa sensibilidad al servicio de los demás. Volviendo a Fátima, en medio del silencio y la soledad de los campos, una mujer bondadosa y llena de luz se encuentra con unos niños pobres y sencillos. Como todas las cosas grandes que Dios hace, lo que caracteriza la escena es la pobreza y la humildad. En aquellos pastorcitos estamos representados también nosotros —toda la humanidad—, frágiles pequeños, y hasta podríamos decir un poco desconcertados y asustados ante los acontecimientos que se presentan en la vida y que a veces no logramos comprender, porque los acontecimientos estos nos superan y nos ponen en crisis.

En ese ambiente marcado por la debilidad, cabe preguntarse: ¿qué es lo que ha hecho fuerte a María?, ¿qué es lo que dio fuerza a los pastorcitos para hacer lo que Ella les pedía?, ¿cuál es el secreto que convirtió a esas personas frágiles y pequeñas en testigos de la alegría del Evangelio? Queridas hermanas, el secreto de todo discípulo y de la disponibilidad para la misión está en cultivar esa unión, una unión desde dentro con el «dulce huésped del alma» que siempre nos acompaña; el amor a Dios y el permanecer unidos a Él, como los sarmientos a la vid (cf. *Jn* 15, 1-11), para vivir —como María— la plenitud del ser mujer con la conciencia de sentirse elegidas y protagonistas en la obra salvadora de Dios.

Pero esto sólo no basta. Esa unión interior con Jesús se tiene que manifestar al exterior, se tiene que manifestar permaneciendo en comunión con la Iglesia, con mi familia o con mi organización, que me ayudan a madurar en la fe. Esto es lo que da valor a todas las iniciativas que llevamos adelante. Hay que «rezar» las obras y «obrar» la oración. De este modo nos vamos a situar bien en sintonía con la misión de toda la Iglesia. También es ésta la esencia de la sinodalidad, lo que nos hace sentirse protagonista y corresponsable del buen ser de la Iglesia, para saber integrar las diferencias y trabajar en armonía eclesial. Les agradezco todo lo que hacen y las animo a seguir adelante con entusiasmo en sus proyectos y actividades en favor de la evangelización, siguiendo la voz interior del Espíritu, dóciles a los toques interiores. Que Jesús las bendiga y la Virgen las cuide, a ustedes y a sus familias. Rezo por los frutos de la Asamblea, hablen claro, discutan, peleen un poquito porque hace bien, eso los lleva adelante. Y les pido, por favor, que me sigan acompañando con sus oraciones. Muchas gracias.

Miércoles 24 de mayo en los Museos Vaticanos

Dialogando con la belleza paralímpica

Para relanzar la visión inclusiva y solidaria del Papa Francisco para el deporte, Athletica Vaticana —el equipo deportivo de la Santa Sede— está proponiendo una serie de diálogos abiertos con atletas de alto nivel para contar y compartir sus historias de vida.

La próxima cita será el miércoles 24 de mayo, a las 16 horas, en el extraordinario marco de los Museos Vaticanos.

Barbara Jatta, directora de los Museos, dialogará con Silvia Bennardo y Claudia Gennaro, jugadoras de la Selección italiana de voleibol sordas, vice-campeona olímpica y mundial y campeona europea.

En la belleza de los Museos Vaticanos —con las muchas obras «deportivas» entre las cuales los mosaicos de las Termas de Caracalla— el abrazo a la belleza del deporte paralímpico con una mirada femenina.

El encuentro sigue al diálogo entre el cardenal



José Tolentino de Mendonça, prefecto del Dicasterio para la Cultura y la Educación, con el campeón olímpico Filippo Tortu y, sucesivamente, con el entrenador del As Roma, José Mourinho, en el contexto de la Pontificia Universidad Gregoriana.

El diálogo será moderado por Chiara Porro,

embajadora de Australia ante la Santa Sede. Veronica Donatello, responsable del Servicio Nacional de la Conferencia Episcopal Italiana para la Pastoral de las Personas con Discapacidad, será intérprete para la lengua de signos.

«Cuando el deporte te hace más noble» es la expresión del Papa Francisco (*La Navidad que me gustaría*, entrevista transmitida por Canale 5 el 18 de diciembre de 2022), hilo conductor del proyecto de Athletica Vaticana para un deporte que también sea una auténtica expresión de cultura y oportunidades de crecimiento social. La iniciativa ha sido posible gracias al Dicasterio para la Comunicación y al Dicasterio para la Cultura y la Educación, al que el Papa ha confiado el deporte en la Constitución Apostólica *Praedicate Evangelium*. Con la libertad del estilo deportivo, las citas con algunos de los protagonistas absolutos del deporte se darán a conocer de vez en cuando, fuera de los esquemas preestablecidos.

El Papa Francisco en la tercera edición de los Estados Generales de la Natalidad

Del invierno a la primavera demográfica

Discurso en la apertura de la segunda jornada de trabajo

«Es necesario preparar un terreno fértil para hacer florecer una nueva primavera y dejar atrás este invierno demográfico»: es el llamamiento lanzado por el Papa Francisco ante los participantes en la tercera edición de los Estados generales de la natalidad en Italia, reunidos en Roma en el Auditorio de la Conciliación. El Pontífice participó la mañana del 12 de mayo, en la sesión inicial de la segunda jornada de trabajo, pronunciando el discurso que publicamos a continuación.

Señora Presidenta del Consejo, autoridades y representantes de la sociedad civil, queridos amigos, hermanos, querido amigo Gigi:

Me disculpo por no hablar de pie, pero no tolero el dolor cuando estoy de pie. Os saludo a todos y os agradezco vuestro compromiso. Gracias a Gigi De Palo, Presidente de la Fundación para la Natalidad, por sus palabras y por la invitación, porque creo que el tema de la natalidad es central para todos, sobre todo para el futuro de Italia y de Europa. Quisiera dar sólo dos "fotografías" que han sucedido aquí en la Plaza [San Pedro]. Hace dos semanas, mi secretario estaba en la plaza y venía una madre con silla de ruedas. Él, un sacerdote tierno, se acercó para bendecir al niño... ¡era un perrito! Hace quince días, en la audiencia de los miércoles, yo iba a saludar, y llegué delante de una señora, de unos cincuenta años más o menos; saludo a la señora y ella abre una bolsa y dice: "Me lo bendice, mi niño": ¡un perrito! Allí no tuve paciencia y reprendí a la señora: "Señora, muchos niños tienen hambre, ¡y usted con el perrito!". Hermanos y hermanas, estas son escenas del presente, pero si las cosas van así, esta será la costumbre del futuro, estemos atentos.

El nacimiento de los hijos, de hecho, es el principal indicador para medir la esperanza de un pueblo. Si nacen pocos quiere decir que hay poca esperanza. Y esto no sólo tiene consecuencias desde el punto de vista económico y social, sino que socava la confianza en el futuro. He sabido que el año pasado Italia alcanzó el mínimo histórico de nacimientos: apenas 393.000 recién nacidos. Es un dato que revela una gran preocupación por el mañana. Hoy en día, traer hijos al mundo se percibe como una empresa a cargo de las familias. Y esto, por desgracia, condiciona la mentalidad de las jóvenes generaciones, que crecen en la incertidumbre, si no en la desilusión y en el miedo. Viven un clima social en el que formar una familia se ha convertido en un esfuerzo titánico, en lugar de ser un valor compartido que todos reconocen y apoyan. Sentirse solo y obligado a contar exclusivamente con las propias fuerzas es peligroso: quiere decir erosionar lentamente la



vida común y resignarse a existencias solitarias, en las que cada uno debe valerse por sí mismo. Con la consecuencia de que sólo los más ricos pueden permitirse, gracias a sus recursos, más libertad para elegir qué forma dar a sus vidas. Y esto es injusto, además de humillante.

Tal vez nunca como en este tiempo, entre guerras, pandemias, desplazamientos masivos y crisis climáticas, el futuro parece incierto. Amigos, es incierto; no sólo parece, es incierto. Todo va rápido y las certezas adquiridas también pasan rápido. De hecho, la velocidad que nos rodea aumenta la fragilidad que llevamos dentro. Y en este contexto de incertidumbre y fragilidad, las jóvenes generaciones experimentan más que nadie una sensación de precariedad, por lo que el mañana parece una montaña imposible de escalar. La Sra. Presidenta del Consejo ha hablado de la «crisis», palabra clave. Pero recordemos dos cosas de la crisis: de la crisis no salimos solos, o salimos todos o no salimos; y de la crisis no salimos iguales: salimos mejores o peores. Recordemos esto. Esta es la crisis de hoy. Dificultades para encontrar un trabajo estable, dificultades para mantenerlo, casas de coste prohibitivo, alquileres por las nubes y salarios insuficientes son problemas reales. Son problemas que interpelan a la política, porque es a la

vista de todos que el mercado libre, sin los indispensables correctivos, se vuelve salvaje y produce situaciones y desigualdades cada vez más graves. Hace unos años, recuerdo una anécdota de una cola frente a una compañía de transporte, una cola de mujeres que buscaban trabajo. A una le habían dicho que le tocaba a ella...; presenta los datos... "Está bien, usted trabajará once horas al día, y el sueldo será de 600 (euros). Vale. Y ella: "Pero cómo, pero con 600 euros... 11 horas... no se puede vivir..." - "Señora, mire la cola, y elija. Le gusta, se lo lleva; no le gusta, pasa hambre". Esta es un poco la realidad que se vive. Es una cultura poco amiga, si no enemiga, de la familia, centrada en las necesidades del individuo, donde se reclaman continuos derechos individuales y no se habla de los derechos de la familia (cfr. *Amoris laetitia*, 44). En particular, hay condicionamientos casi insuperables para las mujeres. Las más perjudicadas son precisamente ellas, mujeres jóvenes a menudo obligadas a la encrucijada entre carrera y maternidad, o bien aplastadas por el peso del cuidado de sus propias familias, sobre todo en presencia de ancianos frágiles y personas no autónomas. En este momento las mujeres son esclavas de esta regla del trabajo selectivo, que les impide también la



maternidad. Ciertamente, existe la Providencia, y millones de familias lo testimonian con su vida y sus elecciones, pero el heroísmo de muchos no puede convertirse en una excusa para todos. Por lo tanto, se necesitan políticas con visión de futuro. Es necesario preparar un terreno fértil para hacer florecer una nueva primavera y dejar atrás este invierno demográfico. Y, dado que el terreno es común, como comunes son la sociedad y el futuro, es necesario afrontar el problema juntos, sin vallas ideológicas y tomas de posición preconcebidas. El conjunto es importante. Es cierto que, incluso con su ayuda, se ha hecho mucho y estoy agradecido por ello, pero todavía no es suficiente. Hay que cambiar la mentalidad: la familia no es parte del problema, sino que es parte de su solución. Y entonces me pregunto: ¿hay alguien que sepa mirar hacia adelante con la valentía de apostar por las familias, por los niños, por los jóvenes? Muchas veces escucho las quejas de las madres: "Eh, mi hijo se graduó hace tiempo... y no se casa, se queda en casa... ¿qué debo hacer?" No planche las camisas, señora, empecemos así, después veremos".

No podemos aceptar que nuestra sociedad deje de ser generativa y degenerare en tristeza. Cuando no hay generosidad viene la tristeza. Es un malestar feo, gris. No podemos aceptar pasivamente que tantos jóvenes luchen por realizar su sueño familiar y se vean obligados a bajar el listón del deseo, contentándose con sucedáneos privados y mediocres: ganar dinero, apuntar a la carrera, viajar, cuidar celosamente el tiempo libre... Todas las cosas buenas y justas cuando entran en un proyecto generativo más grande, que da vida a su alrededor y después de sí; si en cambio quedan sólo aspiraciones individuales, se marchitan en el egoísmo y llevan a ese cansancio interior. Este es el estado de ánimo de una sociedad no generativa: cansancio interior que anestesia los grandes deseos y caracteriza nuestra sociedad como sociedad del cansancio. ¡Demos aliento a los deseos de felicidad de los jóvenes! Sí, ellos tienen de-

seos de felicidad: nos reímos, abrimos el camino. Cada uno de nosotros experimenta cuál es el índice de su propia felicidad: cuando nos sentimos llenos de algo que genera esperanza y calienta el alma, y es espontáneo hacer partícipes a los demás. Por el contrario, cuando estamos tristes, grises, nos defendemos, nos cerramos y percibimos todo como una amenaza. He aquí que la natalidad, así como la acogida, que no hay que contraponer nunca porque son dos caras de la misma moneda, nos revelan cuánta felicidad hay en la sociedad. Una comunidad feliz desarrolla naturalmente los deseos de generar e integrar, de acoger, mientras que una sociedad infeliz se reduce a una suma de individuos que tratan de defender a toda costa lo que tienen. Y muchas veces se olvidan de soñar.

Amigos, después de haber compartido estas preocupaciones que llevo en el corazón, quisiera entregarles una palabra que me es querida: esperanza. El reto de la natalidad es cuestión de esperanza. Pero atención, la esperanza no es, como a menudo se piensa, optimismo, no es un vago sentimiento positivo sobre el futuro. "¡Ah, eres un hombre positivo, una mujer positiva, bravo!". No, la esperanza es otra cosa. No es una ilusión o una emoción que tú sientas, no; es una virtud concreta, una actitud de vida. Y tiene que ver con decisiones concretas. La esperanza se nutre del compromiso por el bien de cada uno, crece cuando nos sentimos partícipes e implicados en dar sentido a nuestra vida y a la de los demás. Alimentar la esperanza es, pues, una acción social, intelectual, artística, política en el sentido más alto de la palabra; es poner las propias capacidades y recursos al servicio del bien común, es sembrar futuro. La esperanza genera cambio y mejora el futuro. Es la más pequeña de las virtudes —decía Peguy—, es la más pequeña, pero es la que te lleva más lejos. Y la esperanza no defrauda. Hoy hay tantas Turandot en la vida que dicen: "La esperanza que siempre defrauda". La Biblia nos dice: «La esperanza no defrauda» (cf. *Rm* 5,5). Me gusta pensar en los "Es-

tados generales de la natalidad" —llegados a la tercera edición— como una obra de esperanza. Una obra en la que no se trabaja por encargo, porque alguien paga, sino donde se trabaja todos juntos precisamente porque todos quieren tener esperanza. Y entonces os deseo que esta edición sea la ocasión para "ampliar la obra", para crear, a varios niveles, una gran alianza de esperanza. Aquí es bonito ver el mundo de la política, de las empresas, de los bancos, del deporte, del espectáculo, del periodismo reunidos para razonar sobre cómo pasar del invierno a la primavera demográfica. Sobre cómo volver a nacer, no sólo físicamente, sino interiormente, para salir a la luz cada día e iluminar de esperanza el mañana. Hermanos y hermanas, no nos resignemos al gris y al pesimismo estéril, a la sonrisa de compromiso, no. No creemos que la historia ya esté marcada, que no se pueda hacer nada para revertir la tendencia. Porque —permitidme decirlo en el lenguaje que prefiero, el de la Biblia— es precisamente en los desiertos más áridos donde Dios abre caminos nuevos (cf. *Is* 43,19). ¡Busquemos juntos estos caminos nuevos en este desierto árido!

La esperanza, en efecto, interpela a ponerse en marcha para encontrar soluciones que den forma a una sociedad a la altura del momento histórico que estamos viviendo, tiempo de crisis atravesado por tantas injusticias. La guerra es una de ellas. Impulsar la natalidad quiere decir reparar las formas de exclusión social que están afectando a los jóvenes y su futuro. Y es un servicio para todos: los hijos no son bienes individuales, son personas que contribuyen al crecimiento de todos, aportando riqueza humana y generacional. Aportando creatividad también al corazón de los padres. A vosotros, que estáis aquí para encontrar buenas soluciones, fruto de vuestra profesionalidad y de vuestras competencias, quisiera deciros: sentíos llamados a la gran tarea de regenerar esperanza, de poner en marcha procesos que den impulso y vida a Italia, a Europa, al mundo, que nos lleven a tantos niños. Gracias.

El Papa a la Asociación de Jóvenes Agricultores Españoles

Trabajar para que los alimentos no se conviertan en un arma

«Es necesario trabajar para que este inmenso bien que Dios nos regala, no se convierta en arma, por ejemplo, limitando la llegada de alimentos a las poblaciones en conflicto». Lo dijo el Papa Francisco dirigiéndose a los miembros de la Asociación Agraria - Jóvenes Agricultores de España, recibidos en audiencia en la mañana del sábado 13 de mayo, en la Biblioteca Privada. Publicamos, a continuación, el discurso del Pontífice.

Les agradezco el interés que han puesto en esta visita, la ilusión que manifiestan por su trabajo en el campo, por el ganado y por el servicio que quieren prestar a la sociedad.

Como en tantas facetas de la vida, el ecologismo no lo construyen primordialmente los sesudos informes de los especialistas, ni las noticias y los proyectos divulgativos que llegan a la gente corriente a través de los medios de comunicación social. Estos pueden ser necesarios y beneficiosos, si están hechos con conciencia, pero no son lo

primero. Ustedes saben que Argentina es un país fundamentalmente ganadero y, aunque yo soy de ciudad, he tenido oportunidad de conocer esta realidad del campo. Esto me ha permitido darme cuenta de que los primeros ecologistas de una zona, de un país, de un continente son ustedes, los que están en el baile, los que están dentro: la gente que trabaja con los animales, con las plantas, que conviven día a día y saben de sus problemas y de sus logros.

Me acuerdo una vez, en la Facultad de teología, que uno de los estudiantes, nacido en ciudad, vivido en ciudad viene y dice: «Se está muriendo una vaca», porque detrás de la facultad teníamos campo y había ganado. «Se está muriendo una vaca y bueno, es que no está el encargado», y era un sábado tarde. Yo agarré y me fui a ver a la vaca, y estaba la pobre vaca ahí pariendo, y este que era de ciudad, que había comido cemento desde chiquito, no tenía



la menor idea de cómo se distinguía una vaca muriendo y una vaca pariendo. Ahí me di cuenta que hay una ciencia que solamente se adquiere viviendo y con la experiencia.

Ustedes no repiten un slogan aprendido, viven mirando al cielo y, desde que se levantan hasta que se acuestan, reconocen en los trinos, los mugidos o los relinchos el gozo o el miedo, el deseo o la satisfacción de la naturaleza que les rodea. Esto es un honor y, evidentemente, una gran responsabilidad.

Si lo piensan bien, la vocación a la que Dios les ha llamado, los hace testigos de la ecología integral que el mundo hoy necesita. Una vocación primigenia pues enraíza con las palabras de Dios en el Génesis cuando llamó a la humanidad a colaborar en la tarea de la creación por medio de su trabajo (cf. Gn 1,28-31). Una vocación multidisciplinar, conjuga el trato directo con la tierra, su cuidado y su cultivo, y el servicio que esta presta a la sociedad. ¿Qué les pide entonces Dios a ustedes en este trabajo, en esta labor? Les pide que piensen en ese campo como un don, como algo que les fue dado y dejarán a sus hijos como legado; que piensen en la producción como un regalo que el Señor, por su medio, y por medio del trabajo de ustedes, envía a su pueblo para saciar su hambre y su sed. Un hambre que no es sólo de pan, sino de Dios, pero que, para saciarla, Él no rehusó hacerse alimento, hacerse carne, llegando de ese modo al corazón del hombre (cf. Mt 4, 3-4; Jn 6,55-57).

De este valor fundamental, por el que les expreso mi agradecimiento, nace la responsabilidad que se les encomienda a ustedes, en primera persona, pero también a todos los que, de alguna manera, participan en la producción, elaboración y distribución alimentaria. Es necesario trabajar para que este inmenso bien que Dios nos regala, no se convierta en arma —por ejemplo, limitando la llegada de alimentos a las poblaciones en conflicto—; o no se convierta en mecanismo de especulación, manipulando el precio y la comercialización de los productos con el único fin de conseguir mayor beneficio. Esto es lo que debemos denunciar, lo que nos debe hacer doler el corazón, no lo merecen los animales que ustedes cuidan con tanta dedicación, no lo merecen las personas para las que trabajan con ilusión, no lo merece Dios. Les ofende a ellos y les ofendería a ustedes.

Pero no se desanimen, toda vocación conlleva la cruz, uno asume el esfuerzo de trabajar duro, de que con los animales no se tienen días festivos, ni huelgas. Aún más difícil es aceptar la incompreensión de quienes no valoran algo tan esencial para la vida como es la producción de alimento, o prefieren buscar culpables en vez de soluciones. Encomiendo a la Santísima Virgen el trabajo que ustedes hacen, para que siempre sientan cercano a Jesús, que en la cruz ofreció su sangre, se hizo alimento, se hizo vida para dármola en abundancia. Vayan adelante y sean poetas de la tierra. Gracias.

Mensaje del Papa a un congreso sobre la «Pacem in terris»

Nunca la guerra y las armas pueden resolver los problemas del mundo

«Los efectos de la guerra son las víctimas, las destrucciones, la pérdida de humanidad, la intolerancia», no una solución a los problemas del mundo. Lo denuncia el Papa Francisco en el mensaje enviado el jueves 11 de mayo, a los participantes en el Congreso internacional «Paz entre las gentes. A 60 años de la «Pacem in terris»». Promovidos por la Pontificia Universidad Lateranense y por el Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral, los trabajos se desarrollan durante dos días, hasta mañana, viernes 12. He aquí el texto del documento pontificio.

Nunca la guerra ha dado alivio a la vida de los seres humanos, nunca ha sabido guiar su camino en la historia, ni ha logrado resolver conflictos y contraposiciones surgidos en su acción. Los efectos de la guerra son las víctimas, las destrucciones, la pérdida de humanidad, la intolerancia, hasta la negación de la posibilidad de mirar al mañana con renovada confianza.

En cambio, la paz, como objetivo con-

creto, está en el alma y en las aspiraciones de toda la familia humana, de todo pueblo y de toda persona. Esta es la enseñanza que todavía hoy podemos sacar del mensaje que san Juan XXIII quiso lanzar al mundo con la encíclica *Pacem in terris*. Un mensaje positivo y constructivo que recuerda cómo edificar la paz significa, ante todo, el compromiso de estructurar una política inspirada en valores auténticamente humanos que la Encíclica resume en la verdad, la justicia, el amor y la libertad.

Sin embargo, transcurridos sesenta años, la humanidad no parece haber atesorado lo necesaria que es la paz, lo bien que es portadora. En efecto, una mirada a nuestra vida cotidiana muestra cómo el egoísmo de pocos y los intereses cada vez más limitados de algunos inducen a pensar que se puede encontrar en las armas la solución a tantos problemas o a nuevas exigencias, así como a los conflictos que surgen en la realidad de la vida de las naciones.

Si las reglas de las relaciones internacionales han limitado el uso de la fuerza y la superación del subdesarrollo, que es uno de los objetivos de la acción internacional, el deseo de poder es todavía, por desgracia, criterio de juicio y elemento de actividad en las relaciones entre los Estados. Y esto se manifiesta en las diversas regiones con efectos devastadores sobre las personas y sus afectos, sin respetar las infraestructuras y el ambiente natural.

En este momento, el aumento de recursos económicos para los armamentos ha vuelto a ser instrumento de las relaciones entre los Estados, mostrando que la paz es posible y realizable sólo si se funda en un equilibrio de su posesión. Todo esto genera miedo y terror y corre el riesgo de arrollar la seguridad porque olvida cómo «un hecho cualquiera imprevisible puede de improviso e inesperadamente provocar el incendio bélico» (*Pacem in terris*, 111).

Se hace necesaria una profunda refor-

ma de las estructuras multilaterales que los Estados han creado para gestionar la seguridad y garantizar la paz, pero que ahora están privadas de la libertad y de la posibilidad de acción. No basta que ellas proclamen la paz si no están dotadas de la capacidad autónoma de promover y actuar acciones concretas, ya que corren el riesgo de no estar al servicio del bien común, sino sólo instrumentos partidistas.

Como bien explica la Encíclica, corresponde a los Estados, llamados por su naturaleza al servicio de sus respectivas comunidades, actuar según el método de la libertad y responder a las exigencias de la justicia, sabiendo, sin embargo, que «el esfuerzo por ver cómo se ajustan cada vez mejor las realidades sociales a las normas de la justicia es un trabajo de cada día» (*Pacem in terris*, 155).

Estas breves anotaciones quieren contribuir al objetivo de profundización de la Encíclica que la Pontificia Universidad Lateranense y el Dicasterio para el Desarrollo Humano Integral han promovido.

Confío a la Universidad la tarea de profundizar el método de educación para la paz, para una formación no sólo adecuada, sino ininterrumpida. Una verdadera formación científica, en efecto, es fruto de estudio e investigación, de profundización, de actualizaciones y de ejercicios prácticos: este debe ser el camino a recorrer para abrir nuevos horizontes y superar formas didácticas y organizativas ya superadas y no adecuadas a nuestra era.

Estoy seguro de que el ciclo de estudios en ciencias de la paz que instituí en la Lateranense contribuirá a formar a las jóvenes generaciones en estos objetivos, para favorecer la cultura del encuentro, que es la base de una comunidad humana modelada según la fraternidad, que es además norma de la acción para edificar la paz.

Vaticano, 11 de mayo de 2023

FRANCISCO



Discurso del Papa para la presentación de las Cartas Credenciales de cinco nuevos embajadores

¿Cuándo vamos a aprender?

La angustiada interrogación ante la situación actual del mundo



Publicamos, a continuación, el texto del discurso dirigido por el Papa Francisco a los nuevos embajadores de Islandia, Bangladesh, Siria, Gambia y Kazajistán, recibidos con ocasión de la presentación de las credenciales la mañana del sábado 13 de mayo.

Sus excelencias:

Les doy una calurosa bienvenida y me alegra recibir las cartas que los acreditan como embajadores extraordi-

arios, Myanmar, Líbano y Jerusalén, que están afrontando enfrentamientos y desórdenes. Haití sigue viviendo una grave crisis social, económica y humanitaria. Luego está, por supuesto, la guerra en curso en Ucrania, que ha traído sufrimiento y muerte indecibles. Además, vemos un aumento en el flujo de migración forzada, los efectos del cambio climático y un gran número de

somos una sola familia humana, que sólo puede prosperar verdaderamente cuando todos sus miembros son respetados, cuidados y capaces de ofrecer su contribución de manera original? Hasta que no llegemos a esta conciencia, seguiremos viviendo lo que he llamado una tercera guerra mundial combatida a trozos. Tal vez esta descripción parece perturbar nuestra sensibilidad,

mos el servicio que vosotros, queridos embajadores, estáis llamados a desempeñar. Como bien sabéis, la función de embajador es antigua y noble. Fue incluso introducida en las Escrituras cristianas por el apóstol san Pablo, cuando usó este término para describir a los anunciadores de Jesucristo (cf. 2 Co 5, 20). En efecto, el papel positivo del Embajador está atestiguado en cada

ciones aceptables. Y ciertamente no es una tarea fácil. La voz de la razón y los llamamientos a la paz a menudo caen en el vacío. Sin embargo, la actual situación mundial no hace más que subrayar aún más la necesidad de que los embajadores y sus colegas sean partidarios del diálogo, paladines de la esperanza.

La Santa Sede aprecia el importante papel que de-

que le permite contribuir mejor a la resolución de los conflictos y de otras cuestiones.

A la luz de estos comentarios, confío en que habrá muchas oportunidades para que colaboren con la Santa Sede en temas de interés común.

A este respecto, puedo asegurarles que la Secretaría de Estado, junto con los dicasterios y las oficinas de la



Islandia

dinarios y plenipotenciarios de sus países ante la Santa Sede: Islandia, Bangladesh, Siria, Gambia y Kazajistán. Al transmitir mis saludos a sus respectivos Jefes de Estado, os pido amablemente que les aseguren mi recuerdo en la oración por el cumplimiento de su servicio. Mi pensamiento se dirige en particular al amado pueblo sirio, que todavía se está recuperando del reciente violento terremoto, entre los continuos sufrimientos causados por el conflicto armado.

Si miramos atentamente la situación actual del mundo, incluso una mirada superficial podría dejarnos turbados y desanimados. Pensemos en muchos lugares como Sudán, la República Democrática del Congo,



Bangladesh

nuestros hermanos y hermanas en todo el mundo que aún viven en la pobreza debido a la falta de acceso al agua potable, alimentos, atención primaria de salud, educación y trabajo decente. Hay, sin duda, un creciente desequilibrio en el sistema económico global.

¿Cuándo aprenderemos de la historia que los caminos de la violencia, de la opresión y de la ambición desenfrenada de conquistar tierras no sirven al bien común? ¿Cuándo aprenderemos que invertir en el bienestar de las personas siempre es mejor que gastar recursos en la construcción de armas letales? ¿Cuándo aprenderemos que los problemas sociales, económicos y de seguridad están relacionados entre sí? ¿Cuándo aprenderemos que

especialmente la satisfacción por los extraordinarios avances tecnológicos y científicos logrados o por los pasos ya tomados para abordar los problemas sociales y desarrollar aún más el derecho internacional. Aunque todos estos resultados son ciertamente loables, nunca debemos sentirnos satisfechos o, peor aún, indiferentes con respecto a la situación actual del mundo, ni dejar de garantizar que todos nuestros hermanos y hermanas puedan beneficiarse de estos logros y desarrollos.

Al mismo tiempo, también debemos permanecer optimistas y decididos a creer que la familia humana es capaz de enfrentar con éxito los desafíos de nuestro tiempo. A este propósito, mire-



Siria

época y en diversos tipos de situaciones. Si me lo permiten, me gustaría compartir algunas breves reflexiones sobre esto. Como hombre o mujer de diálogo, constructor de puentes, el Embajador puede ser una figura de esperanza. Esperanza en la bondad última de la humanidad. Esperanza de que un terreno común sea posible porque todos somos parte de la familia humana. Esperanza de que nunca se diga la última palabra para evitar un conflicto o resolverlo pacíficamente. Esperanza de que la paz no sea un sueño inalcanzable. Mientras continúa sirviendo fielmente a su país de origen, el Embajador busca dejar de lado las emociones superfluas y superar las posiciones arraigadas para encontrar solu-



Gambia

sempeñáis, como demuestra con su compromiso diplomático a nivel bilateral y multilateral. Por su parte, la Santa Sede, en conformidad con su propia naturaleza y con su misión particular, se compromete a proteger la inviolable dignidad de toda persona, a promover el bien común y a favorecer la fraternidad humana entre todos los pueblos.

Estos esfuerzos, que no implican la búsqueda de objetivos políticos, comerciales o militares, se realizan mediante el ejercicio de una neutralidad positiva. Lejos de ser una "neutralidad ética", sobre todo frente al sufrimiento humano, esto confiere a la Santa Sede una posición bien definida en la comunidad internacional



Kazajistán

Santa Sede, están más que dispuestos a comprometerse con ustedes en un diálogo abierto y honesto, colaborando para el mejoramiento de la familia humana.

Al comenzar este nuevo servicio, queridos embajadores, invoco de buen grado sobre ustedes, sobre sus familias, sobre sus colaboradores diplomáticos y sobre su personal abundantes bendiciones divinas.

* * * Queridas embajadoras, queridos embajadores, les pido disculpas porque yo he leído el discurso pensando que ustedes tenían la traducción inglesa, lamentablemente la secretaria no lo ha preparado, asumo la responsabilidad y les pido disculpas. Luego os llegaré. Gracias.

El Papa en la Asamblea General de Caritas Internationalis

Más allá de proyectos y estrategias por una auténtica conversión misionera

«No se trata sólo de poner en marcha proyectos y estrategias que resulten vencedores, que persigan la eficacia, sino de pensarse en un constante y continuo proceso de conversión misionera». Lo ha recomendado el Papa Francisco a los participantes en la 22ª asamblea general de Caritas Internationalis, recibidos en audiencia en la Sala Clementina a última hora de la mañana del jueves 11 de mayo, día de apertura de los trabajos. «Construir nuevos caminos de fraternidad» es el tema que se profundizará a lo largo de seis jornadas, hasta el martes 16. Este es el texto del discurso entregado por el Papa.

Queridos hermanos y hermanas:

Ante los horrores y las devastaciones de la segunda guerra mundial, el venerable Pío XII quiso mostrar la solicitud y la preocupación de toda la Iglesia por la familia humana, por las numerosas circunstancias en las que la vida de hombres, mujeres, niños y ancianos estaba amenazada y obstaculizada, en la búsqueda de un desarrollo humano integral, por el desencadenamiento de los conflictos bélicos. Movido por un espíritu profético, se pronunció a favor de la institución de un organismo que sostenga, coordine e incremente la colaboración entre las ya numerosas organizaciones caritativas a través de las cuales la Iglesia universal anunciaba y testimoniaba, con gestos y palabras, el amor de Dios y la predilección de Cristo por los pobres, los últimos, los descartados.

San Juan Pablo II quiso poner de relieve el estrecho vínculo que, desde los comienzos, unió a Caritas Internationalis con los Pastores de la Iglesia y, en particular, con el Sucesor de Pedro, que preside en la caridad universal. Lo hizo, ante todo, recordando la fuente del amor a la Iglesia, la entrega con la que Cristo se entregó a los suyos durante la Última Cena.

No debemos olvidar nunca que en el origen de toda nuestra actividad caritativa y social está Cristo que «habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13, 1). En el sacramento de la Eucaristía, signo de la presencia viva, real y permanente de Cristo que se ofrece a sí mismo por nosotros, que ama primero sin pedir nada a cambio, «el Señor sale al encuentro del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1, 27), haciéndose su compañero de viaje».

La Eucaristía es para el hombre. Es alimento y bebida que nos sostiene en el camino, alivia en la fatiga, levanta de las caídas, llama a acoger libremente el todo de Dios por nosotros y por nuestra salvación.

Ante este misterio, grande e inefable, ante el don incondicional y sobrealbundo que Cristo ha hecho de sí mismo por amor, nos quedamos asombrados y, a veces, abrumados.

Como los judíos que sintieron el corazón traspasado por las palabras de Pedro, el día de Pentecostés, también nosotros debemos preguntarnos: «¿Qué podemos hacer, hermanos?» (Hch 2,37).

Podemos entrar en el gozoso y excedente misterio de la «restri-

tución», de la memoria agradecida y agradecida, que nos hace dar gracias a Dios en la elección de dirigir la mirada al hermano que sufre, que tiene necesidad de cuidados, que necesita nuestra ayuda para reencontrar su dignidad de hijo, rescatado «no al precio de cosas corruptibles, [...] sino con la sangre preciosa de Cristo» (1 P 1, 18-19).

Podemos corresponder al amor que Dios tiene por nosotros al convertirnos en su signo e instrumento para los demás. No hay mejor manera de mostrar a Dios que ha comprendido el sentido de la Eucaristía que entregando a los demás lo que nosotros hemos recibido. He aquí un modo de entender el significado más auténtico de la Tradición: cuando en respuesta al amor de Cristo, nos hacemos don para los demás, nosotros anunciamos la muerte y resurrección del Señor, hasta que venga (cf. 1 Cor 11, 26).

Es importante volver a la fuente, el amor de Dios por nosotros, porque la identidad de Caritas Internationalis depende directamente de la misión que ha recibido. Lo que la distingue de las otras agencias que trabajan en el ámbito social es su vocación eclesial y, dentro de la Iglesia, lo que especifica su servicio respecto a tantas instituciones y asociaciones eclesiales dedicadas a la caridad es la tarea

de coadyuvar y facilitar a los Obispos en el ejercicio de la caridad pastoral, en comunión con la Sede Apostólica y en sintonía con el Magisterio de la Iglesia. Os agradezco el trabajo que estáis realizando sobre la colaboración y la cooperación fraterna, como pilares de la identidad católica de Caritas, y os exhorto a seguir adelante en este camino.

Para animaros a proseguir en vuestro compromiso al servicio de la caridad, con amplitud de corazón y renovada esperanza, deseo invitaros a releer con atención la Exhortación postsinodal *Amoris Laetitia*. En particular, el cuarto capítulo, aunque se refiere a la vida familiar y matrimonial, contiene puntos que pueden ser útiles para orientar el trabajo que os espera en el futuro y dar un nuevo impulso a vuestra misión.

Escribiendo a la comunidad de los cristianos de Corinto, san Pablo afirma que la caridad es el «camino más sublime» (1 Co 12, 31) para conocer a Dios y captar lo esencial de la vida cristiana. En el célebre Himno a la caridad, el Apóstol precisa cómo la falta de caridad vacía de contenido toda acción: permanece la forma exterior, pero no la realidad. Incluso las acciones más extraordinarias, la generosidad más heroica, incluso el distribuir todos los propios bienes

para darlos a los hambrientos (1 Cor 13, 3), sin la caridad no vale nada.

Sin la confesión de fe en Dios Padre, que es principio de todo bien; sin la experiencia de la amistad con Cristo, que ha mostrado al mundo el rostro del amor trinitario; sin la guía del Espíritu, que orienta la historia de la humanidad hacia la posesión de la vida plena (cf. Jn 10, 10), no queda más que apariencia. Ya no es el bien, sino una apariencia de bien.

Entonces sería fácil perder de vista el objetivo de la diaconía a la que estamos llamados: llevar la alegría del Evangelio, la unidad, la justicia y la paz. Sería fácil secundar esas lógicas mundanas que inducen a perderse en el activismo pragmático y a perderse en los particularismos que desgarran el cuerpo eclesial.

Es la caridad la que nos hace ser. Cuando acogemos el amor de Dios y amamos en Él, llegamos a la verdad de lo que somos, como individuos y como Iglesia, y comprendemos a fondo el sentido de nuestra existencia. No solo entendemos la importancia de nuestra vida, sino también lo valiosa que es la de los demás. Distinguiamos claramente cómo toda vida es irrenunciable y aparece como un prodigio a los ojos de Dios.

El amor nos hace abrir los ojos, ampliar la mirada, nos permite reconocer en el extraño que nos cruzamos en nuestro camino el rostro de un hermano, con un nombre, una historia, un drama al que no podemos permanecer indiferentes. A la luz del amor de Dios, la fisonomía del otro emerge de la sombra, sale de la insignificancia y adquiere valor, relevancia. Las indigencias del prójimo nos interrogan, nos incomodan, nos provocan al desafío de la responsabilidad. Y es siempre a la luz del amor que encontramos la fuerza y el valor para responder al mal que oprime al otro, para responder en primera persona, poniendo la cara, el corazón, arremangándonos. El amor de Dios nos hace sentir el peso de la humanidad del otro como «un yugo suave y una carga ligera» (Mt 11, 30). Nos induce a sentir como nuestras las heridas que vislumbramos en su cuerpo y nos impulsa a derramar el óleo de la fraternidad sobre las llagas invisibles que leemos en la filigrana del alma ajena.

¿Quiéres saber si un cristiano vive la caridad?

Entonces mira si está dispuesto a ayudar de buen grado, con una sonrisa en los labios, sin refulguir y enojarse. La caridad es paciente, escribe Pablo, y la paciencia es la capacidad de soportar las pruebas inesperadas, las fatigas cotidianas, sin perder la alegría y la confianza en Dios. Por eso es el resultado de un lento trabajo del espíritu, en el que uno aprende a dominarse a sí mismo, tomando conciencia de sus propios límites.

Es un modo de relacionarse con uno mismo del que, después, brota esa madurez relacional que nos lleva a reconocer «que también el otro tiene derecho a vivir en esta tierra junto a mí, tal como es» (AL 92).

Salir de la autorreferencialidad,



de considerar lo que queremos para nosotros como el centro en torno al cual hacer girar cada cosa, a costa de someter a los demás a nuestros deseos, no sólo nos pide contener la tiranía del egocentrismo, sino que pide también la actitud dinámica y creativa de dejar emerger las cualidades y los carismas de los demás.

En este sentido, vivir la caridad significa ser magnánimos, benévolos, reconociendo por ejemplo que para trabajar juntos, de modo constructivo, es necesario ante todo «dar espacio» al otro. Lo hacemos cuando nos abrimos al diálogo y a la escucha, aceptando con flexibilidad las opiniones distintas de las nuestras, sin endurecernos en nuestras posiciones, sino más bien buscando un punto de encuentro, una vía de mediación.

El cristiano que vive inmerso en el amor de Dios no alimenta la envidia, porque «en el amor no hay lugar para sentir disgusto por el bien del otro» (AL 95).

No se vanagloria ni se envanece, porque tiene sentido de la medida, y no goza poniéndose por encima del prójimo, sino que, por el contrario, se acerca al otro con respeto y gracia, con gentileza y ternura, teniendo en cuenta sus fragilidades. Cultiva en ti la humildad, «porque para poder comprender, excusar y servir a los demás de corazón, es indispensable sanar el orgullo» (AL 98).

No busca su propio interés, sino que se compromete a promover el bien del otro y a sostenerlo en el esfuerzo por conseguirlo.

No tiene en cuenta el mal recibido, ni propaga con el chisme el mal cometido por los demás, sino que con discreción y en el silencio confía todo a Dios, sin dar lugar al juicio.

El amor lo cubre todo, dice Pablo, no porque se oculte la verdad, de la que el cristiano se alegra siempre, sino para que el pecado se distinga del pecador, de modo que uno sea condenado y el otro salvado. El amor todo lo excusa, para que todos podamos encontrar consuelo en el abrazo misericordioso del Padre y ser revestidos por su perdón.

Pablo concluye su «elogio de la caridad» afirmando que ésta, en cuanto camino excelente para llegar a Dios, es más grande que la fe y que la esperanza. Lo que dice el Apóstol es muy cierto. Mientras la fe y la esperanza son «dones provisionales», es decir, ligados a nuestra condición viática, de peregrinos en esta tierra, la caridad, en cambio, es un «don definitivo», una prenda y una anticipación del tiempo último, del Reino de Dios. Por eso todo lo demás pasará, pero la caridad no tendrá fin. El bien que se hace en nombre de Dios es la parte buena de nosotros que no se borrará, que no se perderá. El juicio de Dios sobre la historia se realiza sobre el hoy del amor, sobre el discernimien-

to de lo que hemos hecho por los demás en su nombre.

Como promete Jesús, será la ganancia de la vida eterna: «Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo» (Mt 25, 34).

Caritas Internationalis ha sido pensada y querida para dar expresión a la comunión eclesial, el ágape intraeclesial, para ser un medio y una manifestación, mediando entre la Iglesia universal y las Iglesias particulares, sosteniendo el compromiso de todo el Pueblo de Dios en el ejercicio de la caridad.

Vuestra tarea es, ante todo, la de cooperar en la siembra de la Iglesia universal, anunciando el Evangelio con las obras buenas. No se trata sólo de poner en marcha proyectos y estrategias que resulten vencedores, que persigan la eficacia, sino de pensarse en un constante y continuo proceso de conversión misionera. Significa mostrar que el Evangelio es «respuesta a las expectativas más profundas de la persona humana: a su dignidad y a la realización plena en la reciprocidad, en la comunión y en la fecundidad» (AL 201). Por eso, no es secundario recordar el vínculo íntimo entre el camino de santidad personal y la conversión misionera eclesial: quien trabaja para Caritas está llamado a dar testimonio de ese amor ante el mundo. ¡Sed discípulos misioneros, seguid a Cristo!

En segundo lugar, estáis llamados a acompañar a las Iglesias locales en su compromiso activo con la caridad pastoral. Procurad formar personas competentes, capaces de llevar el mensaje de la Iglesia a la vida política y social. El desafío de un laicado consciente y maduro es más actual que nunca, porque su presencia se extiende a todos aquellos ámbitos que tocan directamente la vida de los pobres. Son ellos los que pueden expresar, con libertad creativa, el corazón materno y la solicitud de la Iglesia por la justicia social, comprometiéndose en la ardua tarea de cambiar las estructuras sociales injustas y promover la felicidad de la persona humana.

Por último, os recomiendo la unidad. Vuestra confederación está hecha de muchas identidades: vivan la diversidad como riqueza, la pluralidad como un recurso. Competid en estimaros unos a otros, dejando que los conflictos lleven a la confrontación, al crecimiento, y no a la división.

Invoco la intercesión de María, Madre de la Iglesia, y mientras os pido que recéis por mí, de buen grado imploro la bendición del Señor sobre vosotros y sobre cuantos os sostienen en vuestra obra.

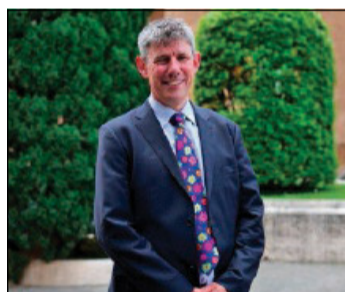
1 Juan Pablo II, *Quiérogrofo Durante la Última Cena*, 16 de septiembre de 2004, 2.

2 Benedicto XVI, Exhortación Apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis*, 2.

Kirsty Robertson es elegida vicepresidenta

Alistair Dutton, secretario general de Caritas

Caritas Internationalis «mira al futuro, somos una única familia al servicio de la única familia humana». Lo dijo Alistair Dutton, nuevo secretario general, al reunirse la mañana del 16 de mayo con los periodistas. «Ahora es importante trabajar juntos, en comunión», ha afirmado Dutton, director ejecutivo de Caritas escocesa y desde hace más de 25 años comprometido en el sector humanitario. También ha dirigido proyectos en más de 70 países y de 2009 a 2014 fue director humanitario de Caritas Internationalis.



Elegido el día 15 en Roma por la asamblea general de la Confederación que comprende 162 organizaciones Caritas nacionales, permanecerá en el cargo hasta 2027. La elección de su nombre se produce tres días después de la del arzobispo de Tokio, monseñor Tarcisio Isao Kikuchi, como nuevo presidente de la organización.

También fue elegida Kirsty Robertson, CEO de Caritas Australia desde 2019, como nueva vicepresidenta de Caritas Internationalis. En Caritas Australia ha ocupado diversos cargos, entre ellos el de coordinador de los Programas del Pacífico y responsable del Grupo de Comunicación. También ha sido CEO de Mary MacKillop Today y ha ocupado numerosos puestos de liderazgo en otras organizaciones de ayuda y desarrollo.

«Prometo escuchar con humildad, reflexionar con atención y construir puentes», dijo Dutton. Desde 1986 «mi camino en Caritas me ha llevado por todo el mundo. De la guerra en Kosovo, Darfur, Irak, Liberia y Siria; al tsunami en Asia, a los terremotos en Haití, India, Indonesia y Chile; a los conflictos nacidos de la codicia y de la explotación de las riquezas en África; a las olas migratorias en Oriente Medio; a la devastación causada por la emergencia climática y por los fenómenos meteorológicos extremos: ciclones e inundaciones en Pakistán, Myanmar, India y Bangladesh; crisis alimentarias en muchos países de África, del Sahel a Somalia, de Sudán a Zimbabue; y la espantosa realidad de los Estados insulares que se hunden en el Pacífico». En 2014, Dutton también se desempeñó como CEO del Proyecto Esfera, el organismo internacional de estándares humanitarios, y de 2005 a 2009 también fue jefe de la Unidad de Programas Humanitarios para África de Christian Aid.

El cardenal Parolin en Fátima y Lisboa

Jóvenes llamados a soñar en grande

La Jornada Mundial de la Juventud es un acontecimiento festivo, pero al mismo tiempo una ocasión de encuentro y de compartir con los jóvenes de todo el mundo. Lo dijo el cardenal Pietro Parolin durante la misa celebrada el domingo 14 de mayo, en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de los Navegantes, en el Parque das Nações de Lisboa, al día siguiente de la conclusión de la tradicional peregrinación a Cova da Iria presidida este año por el secretario de Estado en Fátima el viernes 12 y el sábado 13.

En la homilía de la celebración eucarística, Parolin subrayó el significado de las palabras con las que san Pedro invita a estar «siempre dispuestos a responder a todo el que os pida razón de vuestra esperanza». Y esta razón tiene un nombre y un rostro: es el Cristo viviente. La misa en la capital portuguesa ha sido también ocasión para reflexionar sobre el camino de preparación para la próxima JMJ. Para la

mayoría de los jóvenes, señaló el purpurado, este evento comenzará a principios de agosto, pero para muchos que participan activamente en su preparación ya ha comenzado. En este sentido, «ya forma parte de vuestras oraciones, de vuestro trabajo, de vuestra generosidad y de vuestro compromiso», dijo dirigiéndose al cardenal Manuel Clemente, patriarca de Lisboa, y a sus principales colaboradores, en particular a monseñor Américo Aguiar, obispo auxiliar, que coordinó todo el trabajo.

El secretario de Estado aseguró a los organizadores y a los jóvenes que no están solos. «Todos somos conscientes —observó— de que la preparación de la Jornada Mundial de la Juventud es siempre compleja, llena de desafíos continuos y a veces de obstáculos que parecen insuperables». Sin embargo, «Dios nos asegura su continua presencia a través de la acción de la Santísima Trinidad y, de modo particular, a través de la asistencia cons-



tante del Espíritu de la Verdad». Esta presencia «se manifiesta de muchas maneras, pero sobre todo en la oración». Por lo tanto, es importante que «el camino de preparación que estáis realizando esté particularmente marcado por momentos de oración que fortalezcan y renueven vuestros corazones».

El cardenal reconoció que, «en las circunstancias actuales en que vivimos, muchos jóvenes experimentan un vacío existen-

cial que a menudo no les permite encontrar un sentido a sus vidas». Cada chico y cada chica llevan dentro de ellos «el deseo de encontrar una respuesta a los deseos más profundos». La invitación del apóstol Pedro es, por tanto, «un estímulo a acoger a cada joven peregrino, con sus preguntas y sus ansias, y a ensanchar sus horizontes con la esperanza que nos da Cristo que vive en nuestros corazones».

Por eso, el purpurado invitó a

los jóvenes a soñar en grande y a volar alto, deseando que la próxima JMJ «haga real la esperanza» de tantos de ellos que «vendrán a buscar un sentido a su vida, orientando sus expectativas hacia Dios». Aseguró acompañarlos con la oración y los animó a no rendirse ante las dificultades que encontrarán, confiándose a la constante intercesión de la Virgen.

El sábado 13, en la basílica de Nuestra Señora del Rosario en Fátima, el secretario de Estado celebró la misa con motivo del aniversario de la aparición de la Virgen. Y en la homilía había recordado que la historia de los creyentes, de la que Fátima es signo y anuncio, muestra siempre a María «solicita y presente, por gracia de Dios, en la vida cotidiana» y «en su tiempo, para que la luz de la Pascua ilumine las mentes, los corazones, las manos, las obras y los días, abriéndolos así al futuro de Dios, que es siempre un futuro de paz y de esperanza».

Después indicó dos palabras —penitencia y oración— que aquel lugar santo de Cova da Iria, con su historia y su espiritualidad, propone para que se pueda conservar en el corazón, como la Virgen María, la «conciencia del acercamiento de la humanidad a la Jerusalén del cielo, el don del Espíritu, la vocación a “soñar”, que nos enseñan a testimoniar la Pascua de Jesús». La auténtica penitencia «nos hace crecer en una justa relación con el prójimo; la verdadera oración nos educa al encuentro con la Santísima Trinidad».

En la tarde del 12 de mayo, durante la vigilia y la procesión aux flambeaux, que habían visto la participación de unos 230.000 fieles en Cova da Iria, el cardenal había recordado, entre otras cosas, que la Iglesia debe ser «instrumento vivo de esperanza», que no sea superado por el odio y la violencia del mundo de hoy, prisionero de «falta de sentido y desesperación».

Mensaje del Papa a los participantes del congreso internacional sobre la “revolución Billings”

No a la eliminación de embriones creados en probeta y a la práctica del vientre de alquiler

Mientras que está bien «ayudar y sostener un legítimo deseo de generar» un hijo recurriendo a los «conocimientos científicos más avanzados y con tecnologías que cuidan y potencian la fertilidad», sin embargo, no lo está «crear embriones en probeta y después eliminarlos, comerciar con los gametos y recurrir a la práctica del vientre de alquiler». Lo escribe el Papa Francisco en un mensaje enviado a los participantes del Congreso internacional WOOMB sobre «La revolución Billings» 70 años después: del conocimiento de la fertilidad a la medicina personalizada, que inició el viernes pasado en Roma, en la Universidad católica del Sagrado Corazón, y se concluye el sábado 29 de abril. Publicamos a continuación el texto.

¡Queridos hermanos y hermanas!

Me complace hacer llegar mi saludo a los organizadores y a todos los participantes del Congreso Internacional WOOMB sobre “La Revolución Billings” 70 años después: del conocimiento de la fertilidad a la medicina personalizada. Expreso mi más profundo agradecimiento por esta iniciativa, que llama la atención sobre la belleza y el valor de la sexualidad humana.

Mientras que en la segunda mitad del siglo pasado se desarrollaba la búsqueda farmacológica para el control de la fertilidad y se difundía la cultura anticonceptiva, los cónyuges John y Evelyn Billings desarrollaban investigaciones científicas precisas y difundían una metodología sencilla, a disposición de las mujeres y de las parejas, para el conocimiento natural de la fertilidad misma, ofreciendo un valioso instrumento para la gestión responsable de las elecciones procreativas. En aquella época su propuesta aparecía como poco moderna y menos fiable respecto a la supuesta inmediatez y seguridad

de los instrumentos farmacológicos. En realidad, esta ofrecía y ofrece provocaciones y puntos de reflexión actuales y fundamentales, para retomar y profundizar: por ejemplo, la educación al valor de la corporeidad, un visión integrada e integral de la sexualidad humana, el cuidado de la fecundidad del amor también cuando no es fértil, la cultura de la acogida de la vida y el problema de la caída demográfica. Bajo estos perfiles, la que se ha definido como la “revolución Billings” no ha agotado su impulso original, sino que sigue siendo un recurso para comprender la sexualidad humana y para valorar plenamente la dimensión relacional y generativa de la pareja.

Una seria educación en este sentido aparece hoy como necesaria, en un mundo dominado por una visión relativista y banal de la sexualidad humana. Esta pide sin embargo ser considerada dentro de una mirada antropológica y ética, en el que las cuestiones doctrinales sean profundizadas sin simplificaciones indebidas ni cierrres rígidos. En particular, está bien tener siempre presente la conexión inseparable entre el significado unitivo y el procreativo del acto conyugal (cfr S. Pablo VI, Enc. *Humanae vitae*, 12). El primero expresa el deseo de los esposos de ser una sola cosa, una sola vida; el otro expresa la común voluntad de generar vida, que permanece también en los periodos de infertilidad y en la ancianidad. Cuando estos dos significados se afirman conscientemente, nace y se refuerza en el corazón de los esposos la generosidad del amor, que les dispone a acoger una nueva vida. Cuando esto falta, la experiencia de la sexualidad se empobrece, se reduce a las sensaciones, que

pronto se convierten en autorreferenciales, y pierde su dimensión humana y de responsabilidad. La tragedia de la violencia entre los compañeros sexuales —pienso en la plaga del feminicidio— encuentra aquí una de sus principales causas. De hecho, se está perdiendo de vista el nexo entre la sexualidad y la vocación fundamental de toda persona al don de sí, que encuentra una peculiar realización en el amor conyugal y familiar. Esta verdad, incluso inscrita en el corazón del ser humano, para expresarse de forma plena requiere un recorrido educativo. Se trata de una urgencia que interpela a la Iglesia y a todos aquellos que tienen en el corazón el bien de la persona y de la sociedad y que espera respuestas concretas, creativas y valientes, como se evidencia en *Amoris laetitia*, a propósito de la educación sexual: «El lenguaje del cuerpo requiere el paciente aprendizaje que permite interpretar y educar los propios deseos para entregarse de verdad. Cuando se pretende entregar todo de golpe es posible que no se entregue nada. Una cosa es comprender las fragilidades de la edad o sus confusiones, y otra es alentar a los adolescentes a prolongar la inmadurez de su forma de amar. Pero ¿quién habla hoy de estas cosas? ¿Quién es capaz de tomarse en serio a los jóvenes? ¿Quién les ayuda a prepararse en serio para un amor grande y generoso?» (n. 284). Después de la llamada revolución sexual que rompió tabúes, hace falta una nueva revolución en la mentalidad: descubrir la belleza de la sexualidad humana hojeando el gran libro de la naturaleza: aprender a respetar el valor del cuerpo y de la generación de la vida, en vista de auténticas experiencias de amor familiar.

Otra dimensión de la sexualidad, no menos rica de desafíos para nuestro tiempo, es precisamente su relación con la generación de la vida. En efecto, el conocimiento de la fertilidad, si tiene un valor educativo general, tiene aún más relevancia en el momento en el que la pareja se decide a abrirse a la acogida de los hijos. El Método Billings, junto a otros parecidos, representa una de las formas más apropiadas para realizar de forma responsable el deseo de ser padres. Hoy la separación ideológica y práctica de la relación sexual de su potencialidad generativa ha determinado la búsqueda de formar alternativas para tener un hijo, que ya no pasan por las relaciones conyugales, sino que usan procesos artificiales. Pero, mientras que está bien ayudar y sostener un legítimo deseo de generar con los conocimientos científicos más avanzados y con tecnologías que cuidan y potencian la fertilidad, no lo está crear embriones en probeta y después eliminarlos, comerciar con los gametos y recurrir a la práctica del vientre de alquiler. En la raíz de la crisis demográfica actual está, junto a diferentes factores sociales y culturales, un desequilibrio en la visión de la sexualidad, y no es casualidad que el Método Billings sea un recurso también para afrontar de forma natural los problemas de infertilidad y para ayudar a los esposos a convertirse en padres identificando los periodos más fértiles. En este campo, un mayor conocimiento de los procesos de la generación de la vida, que hace uso de las modernas adquisiciones científicas, podría ayudar a muchas parejas a hacer elecciones más conscientes y éticamente más respetuosas de la persona y su valor. Esta es una tarea que deben

asumirse con renovado compromiso las Universidades católicas y, en particular, las Facultades de medicina y cirugía. Por eso, como fue fundamental para los cónyuges Billings trabajar en la Escuela de medicina de la Universidad de Melbourne, tan importante que el Centro de estudios e investigaciones para la regulación natural de la fertilidad, que trabaja desde 1976 en la Universidad Católica del Sagrado Corazón, forme parte de un de los más prestigiosos centros académicos italianos y pueda beneficiar de las conocimientos científicos más avanzados para desarrollar su misión de investigación y de formación.

Después de todo, la perspectiva científica de este congreso internacional muestra lo fundamental que es prestar atención a la peculiaridad de cada pareja y de cada persona, especialmente en relación con la mujer. El horizonte de la medicina personalizada nos recuerda precisamente que cada persona es única e irrepetible, antes de ser objeto de cuidado para disfunciones y enfermedades, debe ser ayudada a expresar de la mejor forma posible sus potencialidades, en vista de ese bienestar que es sobre todo fruto de una armonía de vida. Favorecer el conocimiento de la fertilidad y de los métodos naturales tiene finalmente también un gran valor pastoral, en cuanto que ayuda a las parejas a ser más conscientes de su vocación conyugal y a dar testimonio de los valores evangélicos de la sexualidad humana. De tal relevancia es prueba también la numerosa participación en este congreso, que ve reunidas en Roma (o también online) a personas procedentes de muchos países y de todos los continentes. La respuesta positiva que emerge de sus ex-

periencias, maduras a veces en contextos sociales y culturales muy difíciles, confirma la importancia de trabajar con asiduidad e impulso en este campo, también para promover la dignidad de la mujer y una cultura marcada por la acogida de la vida, valores que además se comparten también con otras religiones.

Se trata, por tanto, de un aspecto de la pastoral familiar que no es secundario, como han enseñado mis predecesores y como también yo recordé en *Amoris laetitia*: «Es preciso redescubrir el mensaje de la Encíclica *Humanae vitae* (cf. 10-14) y la Exhortación apostólica *Familiaris consortio* (cf. 14; 28-35)» (n. 222). El recurso a los métodos fundados sobre los ritmos naturales de fecundidad debe ser alentado, destacando que éstos «respetan el cuerpo de los esposos, fomentan el afecto entre ellos y favorecen la educación de una libertad auténtica» (*Catecismo de la Iglesia católica*, 2370).

Queridos, os deseo un trabajo fructífero y os doy las gracias por lo que hacéis. Llevad adelante con pasión y generosidad este valioso servicio a la comunidad eclesial y a todos aquellos que quieren cultivar los valores humanos de la sexualidad. Debemos ser siempre conscientes de que en este ámbito de la vida se refleja con particular esplendor la bendición originaria de Dios (cfr *Gen* 1,26-30) y que en este campo estamos llamados a honrarlo, como exhorta San Pablo: «Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo» (1 *Cor* 6,20). Os bendigo de corazón y os pido por favor que recéis por mí.

Roma, San Juan de Letrán,
24 abril de 2023

FRANCISCO

En Montevideo, el cardenal Costa beatificó al obispo Jacinto Vera

Pacificó el país con la misión

Ante el tabernáculo, monseñor Jacinto Vera descubrió que el único modo de pacificar el país dividido por discordias y luchas políticas era la misión. Lo subrayó el cardenal Paulo Cezar Costa, arzobispo de Brasilia, durante la beatificación del primer obispo de Montevideo. El rito fue presidido por el purpurado, en representación del Papa Francisco, el sábado por la tarde, 6 de mayo, en la tribuna olímpica del estadio Centenario de la capital de Uruguay. El nuevo beato, destacó el cardenal, «no buscó la pacificación a través de la política, con otros medios, sino con la verdad de la fe». Una fe pacífica «proclamada por la boca y por los gestos», que de hecho «ha contribuido a pacificar el país».

Refiriéndose al Evangelio de Juan proclamado durante la liturgia, el celebrante invitó a reflexionar sobre la realidad de Jesús que es vida. Este concepto «abraza la salvación, contiene en sí todo lo que el Redentor trae a la humanidad». Cristo es la vida que «no pasa; por eso es vida y abre la vida humana a una dimensión de eternidad». El cardenal citó el Documento de Aparecida, donde se recuerda que «la importancia única e insustituible de Cristo para nosotros, para la humanidad, consiste en que Cristo es el Camino, la Verdad y la Vi-



da». Al apóstol Felipe, que le pide que le muestre al Padre, Jesús responde: «El que me ve a mí, ve al Padre» y lo exhorta a la fe. Felipe debe creer que «Jesús está en el Padre y que el Padre está en él, pero la exhortación a la fe es para todos nosotros». El Hijo va al Padre pero «sigue obrando a través de los discípulos». Y los frutos de su redención siguen «realizándose a través de los discípulos». En efecto, la comunidad cristiana de los orígenes experimentó «la fuerza de la fe», como se lee en los Hechos de los Apóstoles (6, 1-7), pero también

experimentó los problemas, como sucede cuando los hebreos «murmuran contra los judíos porque sus viudas eran negligentes en la distribución de la comida». La solución encontrada muestra «cómo la Iglesia debe estar atenta a los problemas concretos»: son elegidos siete hombres llenos de fe y del Espíritu Santo. Es la institución de los diáconos. El texto termina afirmando que «la Palabra de Dios se difundió y la Iglesia creció». De hecho, relanzó el cardenal Costa, la misión «lleva al crecimiento de la Iglesia. La misión nace de la fe, de nuestro amor por Jesucris-

to». Y es precisamente la fe la que «ha movido la vida de monseñor Jacinto Vera y mueve nuestra vida hoy». La fe abre «nuestra vida a una caridad operativa, al anuncio y al testimonio de Jesucristo», hace realizar «obras más grandes porque nos injerta en el absoluto de Dios, donde el Hijo de Dios mismo actúa a través de nosotros». En efecto, la fe «nos inserta en la gran familia de los hijos de Dios, la Iglesia». San Pedro, dijo el purpurado, «nos ha mostrado que somos las piedras vivas, el edificio espiritual, para ejer-

cer un sacerdocio santo y ofrecer sacrificios espirituales agradables a Dios a través de Jesucristo». Esta es nuestra «identidad». Vera era consciente de que «todos nosotros somos la Iglesia y que debemos ser testigos de Jesucristo en to-

da de la cultura». Es necesario, en definitiva, proponer la buena noticia de Jesucristo. Este es «el gran desafío» en un país como Uruguay «rico en memoria», donde «la fe ha dejado muchos monumentos, historia, cultura, arte», y ha dejado también

El nuevo beato es un testigo de Jesucristo, gracias a su caridad, a su fuerza para afrontar las adversidades y proponer un camino para la Iglesia, a su lucha por la libertad de la Iglesia

da circunstancia». Por eso decía: «somos miembros de la Iglesia militante, de esa Iglesia que, fundada con la sangre de su divino Salvador, ha sido y será siempre hasta la consumación de los tiempos». Actualizando la reflexión, el celebrante hizo notar que la secularización es «ya una realidad en la vida de nuestros países latinoamericanos». La gente «está perdiendo el sentido de Dios y de su Evangelio». Sin embargo, afirmó, esta situación «no debe asustarnos, sino que debe ser una oportunidad para el testimonio y el anuncio de la fe». La secularización se convierte así en «un campo de evangelización». Es necesario entrar «en la lógica de los que están sin Dios, a través de nuevos métodos, nuevos caminos, sobre todo a través

«testigos vivos: los lugares de la memoria están entre nosotros». Por otra parte, el testimonio es «un desafío, porque en él la belleza de la vida de fe está a nuestro lado». En este sentido, el nuevo beato es un testigo de Jesucristo, gracias a su caridad, a su fuerza para afrontar las adversidades y proponer un camino para la Iglesia, a su lucha por la libertad de la Iglesia. Pero lo es también por su celo en hacer que el Evangelio pudiera llegar a todos los rincones del país y por su misión de pacificación. En este sentido, la beatificación es la fiesta del testimonio. Y celebrando la memoria del beato, concluyó el cardenal, se recuerda también la fe de los antepasados que «nos gritan hoy el anuncio y el testimonio de la fe».

Beatificación de Jacinto Vera en Montevideo

Pastor que “huele a oveja”

Jacinto Vera, testigo comprometido y anunciador incansable del Evangelio de Cristo en tiempos difíciles para la Iglesia en Uruguay, fue beatificado en Montevideo la tarde del 6 de mayo, en la tribuna olímpica del Estadio Centenario. Presidió el rito el cardenal Paulo Cezar Costa, arzobispo de Brasilia, en representación del Papa Francisco. Pastor que “huele a oveja”, según la expresión querida por el Papa Francisco, estuvo en medio de su rebaño para guiarlo, sostenerlo y conducirlo a Cristo. Sus padres, Gerardo Vera y Josefina Durán, ambos originarios de Lanzarote, en las Islas Canarias, campesinos pobres y deseosos de encontrar mejores condiciones de vida para la familia, en los meses de mayo y junio de 1813 decidieron emigrar a Uruguay. Durante la travesía del océano Atlántico, el 3 de julio de 1813, nació su cuarto hijo, que fue bautizado el 2 de agosto siguiente en la iglesia de Nuestra Señora del Exilio en Santa Catalina, en la diócesis brasileña de Río de Janeiro, con el nombre de Jacinto. Continuando su viaje, la familia Vera-Durán se instaló en la localidad de Abra del

Mallorquín, en el departamento de Maldonado, en Uruguay, dedicándose a los trabajos agrícolas, para luego trasladarse a la zona de Toledo, en el departamento de Canelones, donde habían comprado una casa y el terreno a cultivar. Educado cristianamente por su madre y con la ayuda de los franciscanos, Jacinto en 1826 recibió la primera Comunión. En 1832, después de un curso de ejercicios espirituales, se sintió llamado al sacerdocio. Después de cursar los estudios teológicos en el colegio de los jesuitas de Buenos Aires, el 28 de mayo de 1841 fue ordenado sacerdote. De vuelta en Uruguay, le fue confiado el encargo primero de vice-párroco, después de párroco en Canelones, donde desarrolló un intenso ministerio pastoral, con el fin de llegar a toda la población del vasto territorio parroquial. En esta localidad fue elegido miembro de la junta económica administrativa del departamento y trabajó en favor de la fundación de un colegio y un estudiantado de los jesuitas. El 8 de mayo de 1859 fue nombrado vicario apostólico y se trasladó a Montevideo.

En este nuevo encargo prologó particular empeño en la formación del clero, en la cura pastoral, para la cual emprendió grandes viajes misioneros, y en la salvaguarda de los derechos de la Iglesia frente a las injerencias estatales. Por ello le fue impuesto un periodo de exilio -entre octubre de 1862 y agosto de 1863- que transcurrió en Buenos Aires. Dos años después de su regreso a Uruguay, Jacinto Vera fue elegido obispo titular de Megara y consagrado el 16 de julio de 1865. En 1867 emprendió un viaje a Europa en busca de misioneros para Uruguay. El 15 de octubre de 1869 partió hacia Roma para participar en el concilio Vaticano I y sucesivamente, del 3 de octubre al 4 de diciembre de 1870, efectuó una peregrinación a Tierra Santa. De regreso a Montevideo, hizo todos los esfuerzos para que se pusiera fin a la guerra civil que entonces estaba en curso. El logro de la paz le permitió reanudar la actividad misionera, reforzada con el regreso de los jesuitas a la capital, con la consagración del país al Sagrado Corazón de Jesús y con la llegada del primer grupo de salesianos,

enviados por san Juan Bosco a petición del mismo Vera. El 13 de julio de 1878 fue erigida la diócesis de Montevideo, de la que Jacinto Vera fue nombrado primer obispo. Bendijo en la capital uruguaya la primera piedra del seminario conciliar y prosiguió su actividad apostólica, visitando incansablemente todos los lugares misioneros. El 28 de abril de 1881, a pesar de su avanzada edad, el obispo partió para su última misión. El viaje, ya de por sí incómodo, se hizo más difícil por una continua y espesa lluvia, circunstancia que dio un golpe definitivo a su ya débil salud. Murió el 6 de mayo de 1881 en Pan de Azúcar y su funeral se celebró el 11 de mayo de 1881 en la catedral de Montevideo, donde fue enterrado. Su espiritualidad se ha forjado y se ha plasmado en su diuturno trabajo pastoral. Él supo conjugar vida interior y vida apostólica de modo unitario, dando lugar a una espiritualidad que sabía unir el intenso ministerio apostólico y la estrecha e íntima relación con el Señor. Su vida interior con Dios, crecida y plasmada en el campo fa-



tigiosísimo de la misión, está así en el origen también de su fuerte personalidad, difícilmente perjudicable por las pruebas y los desafíos de la vida, capaz de una fuerte resistencia a los obstáculos. La configuración con Cristo, alimentada por la liturgia y la oración personal, ha marcado profundamente su camino espiritual y ha florecido en un constante y heroico ejercicio de las virtudes. Su actitud de obediencia a la voluntad divina lo ha descentrado de sí mismo para abrirlo al generoso servicio del prójimo. También bajo el aspecto

organizativo e institucional de la vida de una diócesis que daba sus primeros pasos, en medio de crecientes dificultades internas y externas, él dio señales precisas del valor principal que había que anunciar y testimoniar: el primado de Dios en la vida y en la historia de la humanidad y de la Iglesia. Desde esta prioridad Vera ha vivido el primado de la caridad pastoral no como primado de la eficiencia sino como compromiso en la construcción de la comunidad cristiana como signo de comunión con Dios y con el prójimo.

Przemyśl: El Monasterio que es el hogar de mujeres y niños de Ucrania

En los primeros días de la guerra encontraron ayuda y hospitalidad más de 2000 personas de Ucrania en el monasterio de las Siervas de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María de Stry Wiesz.

PAWEŁ RYTEL-ANDRIANIK

Las Siervas de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María de Stry Wiesz viven en Przemyśl, a 12 kilómetros de la frontera con Ucrania. Desde las primeras horas del estallido de la guerra se han comprometido a ayudar a los refugiados de Ucrania.

Así lo relata sor Ewa Mehal: "En el primer día de la guerra comenzamos a donar bocadillos, bigos y bebidas calientes en la frontera, en la estación de tren y en el centro de refugiados. Mucha gente llevaba comida para los refugiados, pero nos dimos cuenta de que estas personas dormían en la estación. Nos hemos preocupado sobre todo de asegurar un alojamiento a las madres con niños pequeños, a las personas ancianas y discapacitadas. Íbamos a la estación de tren, donde acampaban los refugiados que esperaban los trenes y les proponíamos pasar la noche con nosotros. Con nuestro coche, los llevábamos a nuestra casa".

Sin embargo, esto no fue fácil, porque fueron invitados por personas desconocidas para ellos. "Había que ganarse su confianza. Había que romper las barreras, generar la confianza de estas personas porque no todo el mundo quería irse a dormir a un lugar desconocido. Estaban preocupados por lo que sucedería después, lejos de la estación, porque querían estar cerca de la frontera", recuerda la hermana Ewa.

Sor Ewa Mehal describió los primeros auxilios a los refugiados asustados y hambrientos provenientes de Ucrania: "Lo primero era una comida caliente, se comenzaba por aquí. Luego un baño para lavarse y pasar la noche. Al mismo tiempo, construimos un almacén para tener a mano las cosas más necesarias, porque había muchos benefactores de Polonia y del extranjero. Les preguntábamos a estas personas qué era lo más necesario para continuar el viaje. Llegaban personas muy cansadas que nos decían que hacía días que no se bañaban. A veces llegaban directamente de los refugiados".

Madres con niños pequeños

"Las madres con niños pequeños se encontraban en la situación más difícil. El bebé más pequeño tenía tres semanas. Para estas madres era necesario crear condiciones especiales y los recién nacidos necesitaban un cuidado especial. Creamos un parque infantil en el patio. A veces las familias venían a nosotros tarde en la noche y los niños ni siquiera querían entrar en la casa, pero inmediatamente empezaban a jugar en el patio", dice la hermana Mehal. La religiosa recuerda también las salidas durante las no-

ches: "A veces, cuando alguien tenía necesidad, íbamos a la estación a medianoche. En estos casos, a menudo se trataba de niños pequeños. Los voluntarios llamaron desde la estación diciendo que había una familia o una madre con varios niños que no tenía un lugar para dormir. Los llevábamos a casa. Luego los llevábamos al tren en el que querían continuar su viaje".

Todas las hermanas estaban implicadas en la ayuda a los refugiados

"Por el gran número de refugiados que llegaban continuamente a la Casa de Przemyśl (unas 40 personas al día), fuimos sostenidas por nuestras hermanas de las otras casas de la Congregación. Llegaron a Przemyśl para socorrer a los refugiados, entre ellas, 3 religiosas que trabajan en Ucrania y que la guerra sorprendió en Polonia: sor Krystyna, sor Lucja y sor Irina. Su conocimiento de la lengua ucraniana ha ayudado en la comunicación con los refugiados", dijo sor Mehal. La organización de una ayuda tan rápida y eficaz ha sido posible gracias a la participación de muchas personas. Sor



Ewa Mehal ha subrayado: "Todas las hermanas -tanto en Polonia como en el extranjero, también en Ucrania- se han implicado en la ayuda a los refugiados a través de la oración y el servicio, donando ofertas en dinero y en bienes materiales, organizando colectas y participando en iniciativas. También prepararon transportes de alimentos, ropa, medicamentos, materia-

les para aderezos, productos de higiene".

Gratitud

Las personas que han experimentado esta ayuda están muy agradecidas. Aquí está uno de los correos electrónicos que enviaron a las hermanas en Ucrania que ofrecieron primeros auxilios en sus hogares: "Queremos agradecer de co-

razón a las Hermanas por el coche que nos han ofrecido en nuestro viaje hacia la nueva casa en Inglaterra. La posibilidad de habitar entre nosotros ha multiplicado en nosotros la fe en el ser humano; a pesar de los difíciles momentos vividos en el presente, hemos podido descubrir una mano tendida. Estamos, toda la familia, muy agradecidos por la ayuda ofrecida.

También ha sido para nosotros la experiencia del amor de Dios y de su presencia en nuestra vida. Él no nos deja solos, pero sobre todo en los momentos difíciles, nos ha enviado a sus ángeles que han cuidado de nosotros. De Taras". De estos agradecimientos hay muchos.

Ayuda de las hermanas en Polonia

Más de 1.000 casas de religiosas en Polonia están comprometidas de diferentes maneras desde el inicio del conflicto en ayuda a los refugiados de Ucrania. Además de las actividades en Polonia, en Ucrania actualmente ejercen su ministerio 154 hermanas polacas, es decir, en total el 40% de las hermanas en Ucrania. Según los datos más recientes recogidos por la Consulta de las Congregaciones Religiosas Femeninas, actualmente los ucranianos están presentes en 213 casas y centros religiosos. Las personas que deseen apoyar a las hermanas en la ayuda a los ucranianos pueden ponerse en contacto con la Consulta de las Congregaciones Religiosas Femeninas.

#sistersproject

El Papa Francisco a la peregrinación de la diócesis de Asti donde se dirigió el pasado mes de noviembre

Familia y fraternidad

En el recuerdo de sus raíces paternas

«Esa jornada y media que pasé entre vosotros para mí fue una consolación. Un momento de gran calor humano - hecho con leña piemontesa, que no calienta enseguida, sino cuando pasa un poco de tiempo y ¡después dura! -. Un momento de familia». Con estas palabras el Papa Francisco se dirigió a los 400 peregrinos que vinieron desde la diócesis de Asti, recordando la visita realizada el 19 y 20 de noviembre. La audiencia - abierta por el saludo del obispo de Asti, monseñor Marco Prastaro - tuvo lugar en la mañana del viernes 5 de mayo en la Sala Clementina. A continuación, el discurso del Pontífice.

¡Queridos hermanos y hermanas, buenos días y bienvenidos!

Doy las gracias al obispo y estoy contento de acoger vuestra peregrinación, que renueva en mí los recuerdos y los sentimientos de la visita a Asti, el pasado mes de noviembre, para la fiesta de Cristo Rey.

Esa jornada y media que pasé entre vosotros para mí fue una consolación, un poco volver a las raíces. Un momento de gran calor humano - hecho con leña piemontesa, que no calienta enseguida, sino cuando pasa un poco de tiempo y ¡después dura! -. Un momento de familia, en sentido amplio: familia de origen, las raíces, los encuentros con mis parientes; familia de la Iglesia, la celebración en la Catedral, con la participación de todo el pueblo de Dios; y después la familia de la comunidad civil, la colaboración con las autoridades, la presencia de la gente. Este sentido de calor humano que decía no es solo una emoción, no, es calor humano de Asti, ¡es algo vuestro! Se encendió en mí mirando vuestros rostros alegres, sintiendo vuestro afecto, viendo que hay una familia que va adelante, que camina en el camino del Evangelio, con todos los límites y las dificultades. Y esto lo he visto también en las cartas que la gente de Asti me escribió, muchas cartas, y algunas contaban pro-

blemas y de cómo se podían resolver. Una cercanía muy grande. Para mí también estas cartas fueron un consuelo. Espero haber respondido a todas, no estoy seguro.

Y entonces podemos pararnos un poco en esta palabra: familia. Porque es una realidad que ha cambiado mucho, y está cambiando, y sin embargo la familia permanece un valor-clave. ¿Pero sabéis

"Estos son mi madre y mis hermanos". Y añade: "porque quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana, mi madre" (cfr Mt 12,46-50; Mc 3,31-35; Lc 8,19-21). Esta palabra de Jesús, si lo pensamos bien, genera una forma nueva de entender la familia.

¿Veis? Al principio me he dirigido a vosotros llamándoos "hermanos y hermanas". No es solo una fórmula, una forma

paternas de mi familia. ¡Las raíces son importantes! Y nosotros damos gracias a Dios por el don de la vida y por esos que nos la han transmitido. Pero sobre todo damos gracias porque Jesucristo nos ha llamado a formar parte de su familia, en la cual lo que cuenta es hacer la voluntad del Padre que está en los cielos. Y esta nueva familia de Jesús, mientras da un sentido nuevo a las relaciones familiares - entre los cónyuges, entre padres e hijos, entre hermanos -, al mismo tiempo hace "fermentar" también la vida de la comunidad eclesial y de la civil. Por ejemplo, hace crecer la gratuidad, el respeto, la acogida, y otros valores humanos.

Y aquí encuentro el sentido de la expresión "Fratelli tutti", que habéis elegido como nombre para el nuevo Ambulatorio destinado a las personas más desfavorecidas. "Fratelli tutti" quiere decir que ahí, en ese ambiente, la familia la formarán las personas que serán curadas junto a los médicos, a los enfermeros y a todos los otros voluntarios que trabajarán. Una familia para este trabajo de cuidar a los enfermos.

Y así en la ciudad, en los países, en las parroquias, la palabra "fraternidad" no es solo una bonita forma de hablar, un ideal para soñadores, sino que tiene un fundamento, Jesucristo, que nos ha hecho a todos hermanos y hermanas, y tiene un camino, el Evangelio, es decir el camino para caminar en el amor, en el servicio, en el perdón, en el llevar los pesos los unos de los otros.

Así, queridos, un punto de reflexión que comparto con vosotros, recordando la experiencia vivida en Asti. Muchas gracias por venir; llevad mis saludos a los que no pudieron venir.

Y ahora os invito a rezar juntos el "Padre Nuestro", y luego os doy la bendición, a ustedes ya toda la comunidad diocesana. ¡Y por favor, no olviden rezar por mí! Gracias.



cuándo fue la verdadera "revolución" de la familia? ¿Sabéis quién la hizo? Es fácil responder, porque las novedades, las de verdad, en este mundo las trajo uno solo: Jesucristo. La verdadera revolución de la familia la hizo Él. Y también la familia, Él, la ha renovado, la ha transformado. ¿En qué sentido? Nos lo dice un episodio del Evangelio, donde hay una de esas palabras de Jesús que nos ha dejado desconcertados, nos ponen en crisis. Lo cuentan los tres sinópticos Mateo, Marcos y Lucas. Jesús está predicando en medio de sus discípulos y a otra gente y en un determinado momento le dicen: "Aquí fuera están tu madre y tus hermanos que desean hablarte". ¿Recordáis qué responde Jesús? Él dirige la mirada a los que estaban a su alrededor y dice:

de hablar convencional. No. Es una realidad, una realidad nueva generada por Jesucristo. Y como os decía, esta palabra de Jesús ha renovado radicalmente la familia, por lo que el vínculo es más fuerte, más importante para nosotros cristianos ya no es el de sangre, sino que es el amor de Cristo. Su amor transforma la familia, la libera de las dinámicas del egoísmo, que derivan de la condición humana y del pecado, la libera y la enriquece con un vínculo nuevo, aún más fuerte pero libre, no dominado por los intereses y las convenciones del parentesco, sino animado por la gratitud, el renacimiento, el servicio recíproco.

Hermanos y hermanas de Asti, he querido compartir esta reflexión con vosotros porque en vuestra tierra están las raíces

El discurso a los religiosos espiritanos en el 175º aniversario de la refundación de la congregación

Docilidad valiente al Espíritu, verdadero protagonista de la misión

Gratitud por la «generosa y valiente docilidad» a la acción del Paráclito – que es el verdadero «protagonista de la misión» – fue expresada por el Papa Francisco a los religiosos de la congregación del Espíritu Santo, recibidos en audiencia la mañana del lunes 8 de mayo, en la Sala del Consistorio, en el 175º aniversario de la refundación de la congregación. A continuación el discurso pronunciado por el Pontífice.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

Doy las gracias al superior general por las palabras que me ha dirigido; saludo a los miembros del Consejo y a todos vosotros. Estoy contento de este encuentro, en el que comparto con vosotros la alegría por los 175 años de vuestra refundación, con la fusión de dos institutos religiosos.

Quisiera hacer referencia, para una breve reflexión, del pasaje del profeta Isaías que habéis elegido como guía en vuestra Congregación: «He aquí que yo lo renuevo» (43,19). Es una palabra muy hermosa, y forma parte de un texto que empieza así: «No temas [Israel], que yo te he rescatado, te he llamado por tu nombre. Tú eres mío» (Is 43,1). Cuando escucho esto me viene a



la mente la mano de Dios que acaricia, acaricia al pueblo, acaricia a cada uno de vosotros: el Dios tierno que acaricia siempre. Me detengo sobre estas palabras porque me parece que reflejen muy bien algunos valores fundamentales de vuestro carisma: valentía, apertura y abandono a la acción del Espíritu para que haga algo nuevo.

Son valores evidentes ya en la historia de vuestra primera fundación: un joven diácono, con doce compañeros de seminario, impulsado por el Espíritu, con valentía se lanza en una inesperada aventura. Renuncia a la perspectiva de un futuro tranquilo – podía ser un buen sacer-

dote de familia rica – por una misión aún por descubrir, exponiéndose a sacrificios, incomprendidos y oposiciones, con una salud muy frágil que lo llevaría a una muerte precoz, antes incluso de poder ver plenamente coronado su sueño. Muchos imprevistos, pero que con su docilidad a la acción del Espíritu transforma en “sí” valientes, gracias a los cuales Dios empieza cada vez algo nuevo en él, y a través de él también en otros. Su ejemplo encuentra de hecho confirmación en los hermanos que continúan la obra, preparados para responder a nuevos signos de los tiempos, abrazando primero el servicio a los semina-

ristas pobres, después las misiones populares y finalmente también el anuncio ad gentes en varias partes del mundo, sin dejarse intimidar ni siquiera por la persecución religiosa desencadenada por la revolución francesa.

Una bella y rica historia, de la que hoy, sin embargo, recordamos otro momento especial, en el que todo vuelve a entrar en juego. Es la segunda fundación, la de 1848, en la que el Espíritu Santo pide a la comunidad compartir todos los frutos de su pasado en un escenario nuevo. Es tiempo de unirse a nuevos compañeros, lo de la Sociedad del Sagrado Corazón de María, también ellos misioneros, pero con una historia diferente. Para hacerlo es ciertamente necesario superar temores y celos, y los hermanos de las dos familias aceptan el desafío, uniendo sus fuerzas y compartiendo lo que tienen en un nuevo inicio.

Hoy, después de más de un siglo y medio, vemos que la Providencia ha premiado su generosidad y valiente docilidad al Espíritu: estáis presentes en sesenta países en los cinco continentes, con cerca de dos mil seiscientos religiosos y la implicación de muchos laicos. Gracias a vuestra disponi-

bilidad a cambiar y a vuestra perseverancia, habéis permanecido fieles al espíritu de los orígenes: evangelizar los pobres, aceptar las misiones donde nadie más quiere ir, dando prioridad al servicio a los más abandonados, respetar pueblos y culturas, formar clero y laicos locales para un desarrollo humano integral, todo en fraternidad y sencillez de vida y en la oración asidua. Por favor, esto último es importante: rezar, no dejar la oración. Y no solo la oración formal, no, ¡rezar! ¡Rezar en serio! Así cumplís lo que el Venerable Libermann llamaba “unión práctica” en el servicio, fruto de una docilidad habitual al Espíritu Santo y fundamento de toda misión.

Vuestro carisma, abierto y respetuoso, es particularmente valioso hoy, en un mundo en el que el desafío de la interculturalidad y de la inclusión es viva y urgente, dentro de la Iglesia y fuera de ella. Por eso os digo: no renunciéis a vuestra valentía y a vuestra libertad interior, cultivadla y hacedlo parte viva de vuestro apostolado.

Son muchos los hombres y las mujeres que aún necesitan el Evangelio, no solo en las llamadas “tierras de misión”, sino tam-

bién en el viejo y cansado occidente. Mirad cada uno con los ojos de Jesús, que desea encontrar a todos – ¡todos! No olvidar esto: todos – haciéndose cercano espacialmente a los más pobres, tocándoles con sus manos, fijando su mirada en la de ellos. Y para llevar a cada uno el aliento fresco y vital de su Espíritu, que es el verdadero «protagonista de la misión» (cfr S. Juan Pablo II, Enc. Redemptoris missio, 30), dejaos guiar por Él, porque «no hay mayor libertad que la de dejarse llevar por el Espíritu, renunciar a calcularlo y controlarlo todo» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 280).

Permitidme que os ilumine, os oriente, impulse donde desea, sin poner condiciones, sin excluir a nadie, porque es Él quien sabe de lo que se necesita en cada época y en cada momento (cfr *ibid.*).

Esta es la gran intuición de vuestros fundadores y el hermoso testimonio de tantos hermanos y hermanas que os han precedido. Y esto es también el deseo y la invitación que os dirijo hoy. La Virgen os acompañe.

Os bendigo a todos de corazón y os pido por favor que recéis por mí. ¡Gracias!

El saludo del Papa a los miembros de la Catholic Extension Society

Dar voz a quien es víctima de la “cultura del descarte”

«Al dar voz a aquellos que a menudo están sin voz, vosotros testimoniáis la dignidad concedida por Dios a cada persona». Lo subrayó el Papa dirigiéndose, antes de la audiencia general del miércoles 26 de abril, a los miembros de la Catholic Extension Society, recibidos en la sala adyacente del Aula Pablo VI.

Eminencia, excelencia, queridos amigos, dirijo una cordial bienvenida a todos vosotros de la *Catholic Extension Society*, que os habéis reunido esta semana en Roma. Vuestra presencia me ofrece la oportunidad de expresaros sentida gratitud por el compromiso para dar asistencia a las diócesis misioneras, en particular en Estados Unidos, y por cuidar de las necesidades de los pobres y de los más vulnerables. Os doy las gracias también por la va-

liosa contribución, tanto a nivel eclesial como civil, para la reconstrucción en Puerto Rico después de los huracanes y los terremotos que han devastado la isla en los últimos años. Y también, felicito a sor Norma Pimentel, ganadora del Premio “*Spirit of Francis*”, por el servicio que presta a tantos hombres, mujeres y niños que llegan a la frontera meridional de Estados Unidos – esa frontera es caliente – buscando un futuro mejor. Y es también hermoso ver aquí representados a grupos de varios orígenes culturales que la *Catholic Extension Society* sostiene. ¡Gracias!

Vosotros, en el intento de edificar el Cuerpo de Cristo, la Iglesia (cfr *Ef 4,12*), y al dar voz a aquellos que a menudo están sin voz, testimoniáis la dignidad concedida

por Dios a cada persona. Esto es particularmente importante a día de hoy, mientras que la Iglesia entera está emprendiendo un camino común en la vía de la sinodalidad. Escuchar e incluir las experiencias y las perspectivas de todos, especialmente de aquellos que se encuentran en los márgenes de la sociedad, enriquece la vida y el ministerio eclesiales; porque la Iglesia es como un gran tapiz, hecho de muchos hilos que proceden de pueblos, lenguas y culturas diferentes, pero están tejidos en unidad por el Espíritu Santo. El Espíritu, de hecho, crea unidad armonizando la multiplicidad de los miembros del Cuerpo de Cristo y la diversidad de sus dones. Al respecto, me alegra vuestra preocupación al poner en el centro de la acción pastoral de la Iglesia a los

que a menudo son víctimas de la actual “cultura del descarte”; de tal forma que su voz puede ser oída y la sociedad entera puede beneficiarse de ello.

Queridos amigos, os animo a seguir expresando “el estilo de Dios” en la obra que realizáis. El estilo de Dios nunca es distante, desapegado o indiferente. Al contrario, es un estilo de cercanía, compasión y ternura. Este es el estilo de Dios: cercanía, compasión y ternura. Dios va así, eso es el estilo que tiene. Deseo que vuestro servicio refleje siempre estas cualidades, cercanía, compasión y ternura – cercanía, compasión y ternura –, mostrando que el Señor se acerca a nuestra vida, que siente compasión por cuantos se encuentran en situaciones difíciles, que su amor nos llama a relacionarnos con Él y a ver a nuestro prójimo como un verdadero hermano o una verdadera hermana. Por tanto, la Iglesia agradece cada expresión de caridad fraterna y de preocupación hacia quien está en la necesidad, porque así la amorosa misericordia de Dios se convierte en visible y el tejido de la sociedad se consolida y se renueva.

Deseo expresaros una vez más el reconocimiento por vuestro compromiso en la Iglesia y os felicito por vuestro trabajo. Sobre vosotros, sobre vuestras familias y sobre todos aquellos que servís, invoco al Señor, para que os bendiga con su sabiduría y con su fortaleza. ¡Y os pido, por favor, que recéis por mí porque yo también lo necesito! Gracias.

Audiencia del Papa al Presidente de Ucrania

En la tarde del sábado 13 de mayo, el Papa Francisco recibió en audiencia al Excmo. Sr. Volodymyr Zelenskyy, Presidente de Ucrania, quien posteriormente se reunió con el Arzobispo Paul Richard Gallagher, Secretario para las Relaciones con los Estados y las Organizaciones Internacionales de la Secretaría de Estado.



Durante las cordiales conversaciones con el Arzobispo Gallagher, se trató en primer lugar de la guerra actual en Ucrania y de las urgencias asociadas a ella, en particular las de carácter humanitario, así como de la necesidad de proseguir los esfuerzos para alcanzar la paz. La ocasión fue también propicia para tratar una serie de cuestiones bilaterales, especialmente en lo que se refiere a la vida de la Iglesia católica en el país.



El Papa prosigue las reflexiones sobre el celo apostólico y habla de la obra misionera de san Francisco Javier

La alegría y la valentía de ir entre la gente que necesita a Jesús

«Que el Señor nos dé a todos la alegría de evangelizar» yendo entre la «gente que necesita» a Cristo, como hizo san Francisco Javier. Lo deseó el Papa en la audiencia general de la mañana del miércoles 17 de mayo, en la plaza de San Pedro, vigilia de la Solemnidad de la Ascensión del Señor, que «invita a mirar al momento en el que Jesús, antes de subir al cielo, encomienda a los apóstoles el mandato de llevar su mensaje de salvación hasta los confines de la tierra». Prosiguiendo las catequesis sobre el tema de la pasión por el anuncio centradas en la propuesta de «algunos modelos ejemplares de celo apostólico», el Pontífice jesuita profundizó sobre la figura de «su» hermano - entre los primeros discípulos de san Ignacio de Loyola - «considerado como el más grande misionero de los tiempos modernos».

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Prosiguiendo nuestro itinerario de la Catequesis con algunos modelos ejemplares de celo apostólico... recordemos que estamos hablando de evangelización, de celo apostólico, de llevar el nombre de Jesús, y hay muchas mujeres y hombres en la historia que lo han hecho de manera ejemplar. Hoy, por ejemplo, elegimos a san Francisco Javier, que es considerado, dicen algunos, como el más grande misionero de los tiempos modernos. Pero no se puede decir quién es el más grande, quién es el más pequeño... Hay tantos misioneros ocultos, que incluso hoy, hacen mucho más que san Francisco Javier. Y Javier es el patrón de las misiones, como santa Teresa del Niño Jesús. Pero un misionero es grande cuando va. Y hay muchos, muchos, sacerdotes, laicos, monjas, que van a las misiones, también de Italia, y muchos de ustedes. Cuando, por ejemplo, me presentan la historia de un sacerdote candidato a obispo: pasó diez en la misión de tal lugar... esto es grande, salir de la patria para predicar el Evangelio. Es el celo apostólico. Y esto debemos cultivarlo mucho. Y mirando la figura de estos hombres, de estas mujeres, aprendemos. San Francisco Javier nace de una familia noble pero empobrecida de Navarra, en el norte de España, en 1506. Va a estudiar a París es un joven de mundo, inteligente, capaz. Allí encuentra a Ignacio de Loyola que le da ejercicios espirituales y le cambia la vida. Y deja toda su carrera mundana para hacerse misionero. Se hace jesuita, toma sus votos. Luego se convierte en sacerdote, y va a evangelizar, enviado a Oriente. En aquella época los viajes de los misioneros a Oriente... era enviarlos a mundos desconocidos. Y él va, porque estaba lleno de celo apostólico. Inicia así, en los tiempos modernos, el primero de un numeroso grupo de misioneros apasionados, preparados para soportar fatigas y peligros inmensos, a alcanzar tierras y encontrar pueblos con culturas y lenguas completamente desconocidas, impulsados sólo por el fortísimo deseo de dar a conocer a Jesucristo y su



Evangelio.

En poco más de once años realizará una obra extraordinaria. Fue misionero durante once años más o menos. Los viajes en nave en aquella época eran durísimos, y peligrosos. Muchos morían en el viaje por naufragios o enfermedades. Hoy desgraciadamente mueren porque les dejamos morir en el Mediterráneo... Javier pasa en las naves más de tres años y medio, un tercio de la duración de su misión. En los barcos pasa más de tres años y medio, yendo a la India, y luego de la India a Japón. Al llegar a Goa, en la India, la capital del Oriente portugués, la capital cultural y también comercial, Javier pone su base, pero no se detiene allí. Va a evangelizar a los pobres pescadores de la costa meridional de la India, enseñando catecismo y oraciones a los niños, bautizando y cuidando a los enfermos. Después, durante una oración nocturna ante la tumba del apóstol san Bartolomé, siente que debe ir más allá de la India. Deja en buenas manos el trabajo que ya había iniciado y zarpa con valentía hacia las Molucas, las islas más lejanas del archipiélago indonesio. Para esta gente no había horizontes, iban más allá... ¡Qué valor tenían estos santos misioneros! También los de ahora, aunque no van en barco durante tres meses, van en avión durante 24 horas, pero cuando llegan allí es lo mismo. Hay que estar allí, y recorrer tantos kilómetros, internarse en los bosques... Y Javier, en las Molucas, pone en verso y en el idioma local el catecismo y enseña a cantar el catecismo, que con el canto se aprende mejor. Por sus cartas entendemos bien cuáles eran sus sentimientos. Escribe: «Los peligros y los sufrimientos, aceptados voluntariamente y únicamente por amor y servicio de Dios nuestro Señor, son ricos tesoros de grandes consolaciones espirituales. ¡Aquí dentro de algunos años uno podría perder los ojos por demasiadas lágrimas de alegría!» (20 de enero de 1548). Lloraba de alegría al ver la obra del Señor. Un día, en India, se encuentra con un japonés, que le habla de su lejano país, donde ningún misionero europeo había ido antes. Y Francisco Javier tenía la inquietud del apóstol, ir más lejos, más allá, y decide partir lo antes posible, y llega

después de un viaje lleno de aventuras en el junco de un chino. Los tres años en Japón son durísimos, por el clima, las oposiciones y el desconocimiento de la lengua, pero también aquí las semillas plantadas darán grandes frutos. El gran soñador, Javier, en Japón entiende que el país decisivo para la misión en Asia era otro: China, que con su cultura, su historia, su grandeza, ejercía de hecho un predominio en toda esa parte del mundo. También hoy, China es un polo cultural, con una gran historia, una hermosa historia... Por eso vuelve a Goa y poco después se embarca de nuevo esperando poder entrar

en China. Pero su plan fracasó: muere a las puertas de China, en una isla, la pequeña isla de Sancian, frente a las costas de China esperando en vano poder desembarcar en tierra firme cerca de Cantón. El 3 de diciembre de 1522, muere en completo abandono, sólo un chino junto a él a velarle. Así termina el viaje terreno de Francisco Javier. Había envejecido, ¿cuántos años tenía? ¿Ochenta ya? No... Tenía solamente cuarenta y seis años, había pasado su vida en la misión, con celo. Dejó la cultura España y llegó al país más culto del mundo en aquel momento, China, y murió ante la gran China, acompañado de

un chino. ¡Todo un símbolo! Su intensa actividad estuvo siempre unida a la oración, a la unión con Dios, mística y contemplativa. Nunca abandonó la oración, porque sabía que ahí reside la fuerza. Dondequiera que estaba, cuidaba mucho de los enfermos, los pobres y los niños. No era un misionero "aristocrático": siempre iba con los más necesitados, los niños que más necesitaban educación, catequesis, los pobres, los enfermos... Iba hasta las fronteras de la asistencia donde creció en grandeza. El amor de Cristo fue la fuerza que lo llevó hasta los confines más lejanos, con continuas fatigas y peligros, superando fracasos, decepciones y desánimos, más aún, dándole consuelo y alegría para seguirlo y servirlo hasta el final. Que san Francisco Javier que hizo esta gran cosa, en tal pobreza, y con tal valentía, nos dé un poco de este celo, de este celo para vivir el Evangelio y anunciar el Evangelio. A muchos jóvenes de hoy que tienen algo de inquietud y no saben qué hacer con esa inquietud, le digo: Miren a Francisco Javier, miren el horizonte del mundo, miren a los pueblos tan necesitados, miren a tanta gente que sufre, a tanta gente que necesita a Je-

sús. Y vayan, tengan coraje. También hoy hay jóvenes valientes. Pienso en tantos misioneros, por ejemplo, en Papua Nueva Guinea, pienso en amigos míos, jóvenes, que están en la diócesis de Vanimo, y en todos los que han ido a evangelizar en la línea de Francisco Javier. Que el Señor nos dé a todos la alegría de evangelizar, la alegría de llevar adelante este mensaje tan hermoso que nos hace felices a nosotros y a todos.

Una nueva invitación a rezar «al Señor por la amada Ucrania» donde «se sufre tanto» para que «vuelva la paz» fue dirigido por Francisco al finalizar la catequesis de este miércoles a los fieles presentes en la plaza de San Pedro y a los que le seguían a través de los medios de comunicación. Después de los saludos dirigidos por el Pontífice a los diferentes grupos lingüísticos, la audiencia concluyó con el canto del Pater Noster y la bendición.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Pidamos al Señor que envíe su Espíritu Santo sobre nosotros para que, como san Francisco Javier, seamos fieles discípulos y misioneros de su Evangelio, hasta los confines de la tierra. Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide. Muchas gracias.

Libertad religiosa para elegir migrar o quedarse

MARCELO FIGUEROA

En su reciente Mensaje para la 109ª Jornada mundial del migrante y del refugiado 2023, el Papa Francisco reflexionó alrededor del postulado «Libres de elegir si migrar o quedarse». La libertad, una de las máximas expresiones de dignidad humana integral, se verifica en la opción de vivir en plenitud en su lugar de origen y pertenencia toda la existencia individual, familiar y comunitaria. La libertad religiosa o de culto es muchas veces presentada como la madre de todas las libertades. Y ese concepto maternal de la libertad de conciencia espiritual, práctica activa y pública de ella y respeto sagrado de culto, está asociado a la «madre tierra», especialmente en los pueblos originarios. El terruño de pertenencia espiritual es madre bautismal, dado que en la simbología y diseño arquitectónico muchas veces el bautisterio se presenta semejante al útero materno. Esta libertad surgida de las entrañas de la opción naciente de vida nueva y plena antecede al texto del libro de los Hechos referenciado por Francisco en su Mensaje, al que después citaremos. «Así, pues, los que recibieron su mensaje fueron bautizados, y aquel día se unieron a la iglesia unas tres mil personas. Se mantenían firmes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en el partimiento del pan y en la oración» (Hechos 2, 41-42). Esa pertenencia de maternidad ciudadana espiritual y vivencial, se asociaba según el relato lucano a la práctica completa de vivencia de la fe en una ciudad cosmopolita, multirracial y pluricultural. ¡La libertad de quedarse a vivir la religiosidad en todas sus dimensiones culticas, sin necesidad de, hasta entonces de migrar o huir!

El Papa Francisco presenta los siguientes versículos de esa perícopa como modelo de libertad: «Todos los creyentes se man-

tenían unidos y ponían lo suyo en común: vendían sus propiedades y sus bienes, y distribuían el dinero entre ellos, según las necesidades de cada uno» (Hechos 2, 44-45). ¡El ideal de la primera comunidad cristiana parece muy alejado de la realidad actual! Para que la migración sea una decisión realmente libre, es necesario esforzarse por garantizar a todos una participación equitativa en el bien común, el respeto de los derechos fundamentales y el acceso al desarrollo humano integral. Sólo así se podrá ofrecer a cada uno la posibilidad de vivir dignamente y realizarse personalmente y como familia».

La práctica libre de la fe, iluminada por la exégesis de Francisco de ese texto, nos encamina hacia una vivencia integral que complementa la práctica de culto de los primeros cristianos reflejada en los versículos 41-42. De esta manera, la libertad religiosa de quedarse en su tierra materna toma dimensiones de justicia social, equidad económica, solidaridad comunitaria y ejercicios plenos de los derechos humanos esenciales. De manera que la opción de permanencia, reflexionada en estas líneas desde la libertad religiosa, implica la armonía de una vivencia integral que no deja de lado ninguna dimensión de liberación humana y comunitaria.

Tristemente, luego del martirio de Esteban (Hechos 6, 8-8,1a), rápidamente la libertad religiosa se vio amenazada y como inevitable consecuencia, se produjeron migraciones y huidas dolorosas hacia otras tierras, desarmando así la armonía maternal e integral inicial. «Aquel día se desató una gran persecución contra la iglesia en Jerusalén, y todos, excepto los apóstoles, se dispersaron por las regiones de Judea y Samaria» (Hechos 8, 1b). La pérdida de la libertad de vivir la fe de una manera integral, especialmente cuando esto afecta esferas de po-

der económico o político, desata todos los males. Se presentan martirios, persecuciones, migraciones forzadas y desarraigados dolorosos. La pintura de la escena bíblica, una vez más, se hace proféticamente presente en toda la historia, y especialmente en estos tiempos. Hoy hay más mártires por su fe, persecuciones por cuestiones de prácticas religiosas y violaciones a la libertad de cultos que en los tiempos de los primeros cristianos. Resulta, como es el postulado de estas líneas, uno de los sustratos principales de la violación de la libertad de elegir migrar o quedarse que se desarrolla en el Mensaje de Francisco.

Al ecumenismo de la solidaridad y de la libertad que se presenta como un ideal en la referencia al libro de los Hechos citada, se debe complementar con el ecumenismo del martirio. Estos mártires víctimas de la violación de la libertad de cultos nos debe llamar a la reflexión y a la acción común de todos los cultos. Tus mártires, de cualquier confesión de fe, deben ser mis mártires, la violación a tu libertad de culto debe ser la mía, y tus migrantes serán mis inmigrantes en el abrazo y la acogida fraterna.

En este sentido el reciente símbolo del regalo de una reliquia de los mártires coptos asesinados en Libia el 15 de febrero de 2015 de parte del Patriarca de la Iglesia Ortodoxa Copta complementa los conceptos trazados en estas líneas. Francisco expresó en ese encuentro: «Estos mártires fueron bautizados no solo en el agua y el Espíritu, sino también en sangre, una sangre que es semilla de unidad para todos los seguidores de Cristo». El ecumenismo de la sangre y del martirio se une al ecumenismo litúrgico en el anuncio de que «con el consentimiento de Su Santidad, estos 21 mártires serán incluidos en el Martirologio Romano como signo de la comunión espiritual que une a nuestras dos Iglesias».